

Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff



Eres
Mi

CONDENA

Trilogía Sin mentiras 1

DOLCE
BOOKS

Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff



Eres.
Mi
condena

Trilogía Sin mentiras 1

DOLCE
BOOKS



Título: Eres mi condenada

Trilogía Sin mentiras 1

© 2017 Norah Carter, Monika Hoff, Patrick Norton

1ªEdición: Abril, 2017.

dolcebookseditorial@gmail.com

©Todos los derechos reservados.

©DOLCE BOOKS

Banco de imagen: ©Sutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Maquetación: Susana Escarabajal Magaña

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



Eres mi condenada

Trilogía Sin mentiras 1

Norah Carter, Monika Hoff, Patric Norton



Capítulo 1

Me levanté ilusionada, era viernes, así que trabajaría solo hasta las dos y ya no volvería hasta el lunes.

Estaba desquiciada con mi empleo, pero era lo que había y me tenía que aguantar, todo por no haberle hecho caso a mi madre y haber estudiado un poco más, pero no, lo tuve que dejar cuando terminé el bachillerato, no podía seguir estudiando, me daban

un asco impresionante los estudios.

Así que ahí estaba, de recepcionista en una clínica dental privada, donde parecía más la chacha, me tenían para todo, que si un cafecito para el doctor Pau, que si otro para la doctora Cinthia... A esa le tenía una tirria impresionante, no la podía ni ver, pero yo como buena actriz, lo disimulaba del carajo, en los ocho años que llevaba ahí, nunca se notaron mis desavenencias, pero cada vez estaba más quemada, así que me renovaba cuando llegaba agosto y cerrábamos todo el mes la clínica. Aún faltaban dos meses, estábamos empezando junio, este verano tenía que ser especial, había acabado de cumplir mis 30 años, así que me propuse disfrutarlo a tope.

Llegué a la clínica con una sonrisa de oreja a oreja, como la Pantoja, “Dientes, que eso es lo que jode”, además, feliz porque en 4 horitas me iba de fin de semana, el sol de las diez de la mañana hacía saber que íbamos a tener un espectacular día de calor, así que en cuanto saliera de la clínica, me

iría a la playa, ya llevaba en el coche todo preparado para ello.

— Buenos días, Ainara – me dijo Pau con su brillante sonrisa.

— Buenos días, Pau.

— Buenos días – llegó la gilipollas de Cinthia con su falsa sonrisa.

— Buenos días, guapa – para falsa, yo... mi sonrisa irónica era un poema.

Claro que nada tenía que ver con la sonrisa de la víbora mayor, que así la llamaba yo.

Yo, por más tratamientos que me hiciera (que lo hacía porque en la clínica todo me salía rebajado, pero aun así me dejaba el sueldo en ellos, no os creáis eso de que por ser trabajador en x lugar, todo es mucho más barato, que un 5% en un dentista ya os aseguro yo que no se nota...)

A lo que iba, que soy de las que pierden el norte rápidamente. Yo, por más tratamientos y tratamientos que me hiciera, nunca conseguía lucir una sonrisa como la de ella. Yo estaba empezando a pensar que su dentadura no era natural, que eso era más postizo que la peluca de Pau.

Y aquí haré un inciso para explicaros esto. Pau, un hombre de buen ver, de unos cuarenta y... No sé cuántos porque tampoco es que me haya puesto en modo espía, pero el hombre se cuidaba y estaba bien. Con un pelo...

Postizo, todo era postizo.

Y claro, una que empieza a trabajar en la clínica y ve a semejante bombón, no para un polvo, aunque no me hubiese importado un “aquí te pillo, aquí te mato” de lujuria espontánea. Sí, como si te diera un yuyu, lo que es un buen polvo con él, vaya. Pues eso, que no me hubiese importado para nada satisfacer esa fantasía de muchas trabajadoras para con su jefe sexy cuando, un buen día, me caí de

culo. Pero literal.

¿Cómo se supone que tenía que actuar cuando entré en el despacho en el que debía de estar mi jefe, ese melenas guapísimo, y me veo una calva? Pues lógicamente, chillando y, del susto, al girar pensando que se había colado alguien, me caí de culo. Que ni caso le hice al dolor que me había dado en la rabadilla cuando los ojos del calvo conectaron con los míos. Y ya os lo podéis imaginar, era Pau.

Mierda, adiós a mi fetiche. Aunque bueno, me hacía el trabajo más fácil. No al principio, que lo único que podía hacer era descojonarme al saber que el hombre llevaba peluca. Y no, no me estoy metiendo con los calvos, me encantan los calvos, son sexys, de hecho, tuve un novio calvo, pero... Joder, lo que sea, que me daba un ataque de risa y no podía evitarlo.

Afortunadamente, todo eso ya era pasado y ya me había acostumbrado a ver al melenas con su

peluca. Eso sí, nadie más sabía que era calvo, algún día tendría que desvelar el secreto, ¿no?

Y me volví a ir por los Cerros de Úbeda...

Volviendo a lo que estaba. Que, seguro que la víbora mayor tenía dentadura postiza de esas que se ponen las estrellas de Hollywood, porque no os iréis a creer que son dientes naturales, ¿verdad? Eso es todo falso, solo que no de las de quita y pon que tenemos que usar los pobres. Lo que hace el dinero...

— Ainara...

— ¿Sí?— volví a la realidad cuando la voz del calvo, llamémoslo así, tronó. Porque ese hombre no hablaba, no, tronaba, Qué torrente, por Dios...

— ¿Estás bien?— volvió a preguntar.

— Perfectamente— sonreí de oreja a oreja, imitando a la víbora.

— Muy bien no tienes que estar, ¿no dormiste anoche?

— Estupendamente dormí— no quité la sonrisa de mi cara mientras miraba a la mala pécora.

“Aunque hubiera dormido mejor si hubiera soñado que te destripaba”, pensé. Esa mujer sacaba mis instintos asesinos más ocultos...

— Pues deberías de descansar algo más porque ¿son ojeras eso que veo?

Lo preguntaba tan dulcemente que yo estaba segura que todo el mundo pensaba que esa mujer era la hermana de Clara, la de Heidi. Cuando yo estaba más que segura que era una mala copia de Maléfica, la madrastra hija de p*** de la Bella Durmiente.

La ignoré, directamente es lo que hice. Porque si dijera todo lo que estaba pensando en ese momento... Ya sabéis, tripas fuera, sangre,

dolor...

— Voy por el café— dije para salir de allí y tomar el aire.

Salí de la clínica y entré en el bar de al lado. Puse los ojos en blanco y resoplé cuando

Luis, el camarero, me miró con las cejas enarcadas.

— ¿Otra vez dando por culo?— preguntó con todo su plumaje.

Luis, 23 años, con un cuerpo que... Madre mía del amor hermoso. Pero gay, de ahí lo del plumaje, pluma se quedaría corto. Qué le íbamos a hacer, otro que no me podría tirar, aunque mi imaginación era libre. Y si no fuera por esa imaginación calenturienta que tenía, me habría muerto al verme telarañas en mi...

Ejem... En fin.

— Es viernes, yo no sé cómo lo hace, pero todos los viernes me jode. Es como si le encantara que me fuera de fin de semana cabreada.

— Como si, no. Esa culebra va a por ti. Yo creo que está enamorada en secreto del buenorro del melenas— tosí cuando dijo eso, ya sabéis por qué— y te ve un peligro.

— Peligro ni mierdas. A mí ese hombre no me interesa. Y ponme lo de siempre.

— A mí no me importaría probar ese culo – dijo mientras preparaba la máquina de café y el pobre cliente que se tomaba el suyo en la barra, se atragantó al escucharlo.

Que sí, que la gente ya era algo más liberal, pero es que esta se pasaba. Este, que no esta, a Luis había que hablarle como mujer—. Pero bueno, a dos velas estoy.

— Bienvenido al club, últimamente ni los sapos

me miran.

— Sí que te miran, cielo, solo que...

— ¿Qué?— resoplé.

— Hija, que con esa bata y esa mirada de mala hostia que cargas todo el día— puso los cafés en la bandeja— y esas ojeras...

A la mierda, eso era lo último que podía hacer dicho. Gruñí, cogí la bandeja y salí del local, dejándole con la palabra en la boca.

Entré de nuevo en la clínica mientras insultaba mentalmente a Luis y a todos los culos que le gustaban, les entregué los cafés a los dentistas y me puse a hacer algo. Algo, lo que fuera, solo esperaba que el día se pasara rápidamente.

Cincuenta horas después...

¿Rápidamente? Y una mierda, el día había sido una tortura. Esa culebra me había puesto de un

humor de perros, le había dado por joderme el humor. Y yo no necesitaba mucho, solo verla ya me ponía de mala hostia.

Me estaba quitando la bata, que aún seguía sin saber para qué demonios yo llevaba una bata si era una simple recepcionista, cogí el móvil y me quedé en el baño, esperando a que la clínica se quedara sola para cerrarla.

Sentada en el váter, con el móvil en la mano, deseando irme ya a la playa, como cada viernes que podía. Era uno de mis momentos favoritos.

Andrea se me vino a la mente, mi mejor amiga. Cómo disfrutábamos juntas... Pero así es la vida y las relaciones, sean de la clase que sean, se acaban. Aunque sean por gilipolleces, ya os contaré esta en algún momento, pero la cuestión es que se acaban. Y

como ella la había jodido, que viniera a disculparse, ¿no?

Pero eso no quitaba que yo la echara de menos...

“Es viernes, Ainara, a disfrutar”, pensé. Y es lo que pensaba hacer, el fin de semana era para vivirlo.

Me cambié de ropa y me fui para cerrar la clínica, cuando de repente vi que la puñetera de mi jefa seguía allí.

— Cinthia, pensé que os habíais ido todos, ya iba a cerrar.

— Veo que estás preparada para ir a la playa...

— Sí, me voy a la playa, por la noche a una cena privada en un chalet en La Barrosa, donde seguramente me quede hasta el domingo... Tengo el finde completito – dije con ironía y mintiendo como una bellaca.

— Pues sí que te vas a relajar – dijo falsamente.

— ¡No lo sabes bien! – para chula, yo.

— Bueno, pues me voy, hasta el lunes – dijo dirigiéndose a la puerta.

— Más tonta y la meten en el Guinness, qué estúpida, con ese culo que se creía que era

el de la Jennifer López, en fin, qué mal cuerpo me dejaba todos los viernes, que asquito le tenía...

Recogí mis cosas y me fui, a la mierda la clínica hasta el lunes, ya no me la tendría que cruzar en todo el finde, que alegría por Dios.



Capítulo 2

Pedazo de sol. ¡Qué maravilla!, me puse mis gafas de sol y me fui para la playa, lo bueno de todo, era que vivir en Cádiz me daba la posibilidad de ir andando o en bus a todas partes, así que rara vez

sacaba el coche del garaje, menos aun viviendo a
5

minutos del trabajo y todo frente al mar.

Me senté en un chiringuito y me pedí un plato de paella y un vaso de sangría, me encendí un cigarro y miré al mar, la playa estaba llena, para ser junio y viernes, aquello parecía pleno agosto, me reí al recordar que me esperaba un verano de sola por la vida, la que habíamos liado Andrea y yo...

— No me queda mesa, tendrías que comer en la barra – dijo el camarero a un chico que estaba dispuesto a comer allí, pero estaba todo lleno, yo había cogido la última mesa.

— Perfecto, me quedo en la barra – dijo con una sonrisa seria, pero el tipo era guapo de cojones, con un cuerpo impresionante y unos ojazos...

No me lo pensé dos veces. Ainara la loca modo on. Yo y mi bocazas, pero joder... Ese hombre...

Y yo podía tener telarañas.

Bien, estaba pensando más de la cuenta, mi mente calenturienta, ni lo pensé cuando hablé.

— Disculpe – levanté la mano llamándolo –, no me importa que te sientes aquí, es una mesa para cuatro y estoy sola, si lo deseas, puedes sentarte.

— Gracias – levantó su mano con una sonrisa –, pero no quiero molestarla.

— No es molestia, en serio.

— ¿Molestia? Molestia tenía que ser tener esa cara, madre del amor hermoso...

— Está bien – miró al camarero –, me sentaré con ella.

Chillé mentalmente, como la niña de El exorcista habría sonado, pero qué demonios, al menos comería con ese Adonis. Comida, para mi desgracia.

— Me llamo Ainara – me levanté para darle la mano.

— Yo me llamo Eros.

— ¿Eros, como el cantante?

Sí, así mismo – dijo con una sonrisa entrecortada, con ese pelo cortado a lo militar...

Me quedé mirando más de la cuenta su pelo. Sí, era natural, lo del calvo es que me había creado un trauma. Esos ojazos azules intensos, esa cara, esa boca, madre del amor hermoso... ¡Para mojar pan! O para mojarme a mí lo que él quisiera, que ya estaba empezando a sentir humedad donde no debía.

— ¡Mola! – soltó una carcajada al escucharme. Me preguntó cómo habría sido su reacción si hubiera oído lo que pensaba. Torcí el gesto, mejor no saberlo.

Pidió un plato de paella, como yo, además de un

surtido de pescado frito para los dos, el tipo tenía un semblante serio que lo hacía más atractivo, pero se le veía noble, tranquilo, respetuoso, pobre de él y había ido a parar con la más loca de todo Cádiz.

Loca y más que loca. Ya me estaba entrando la curiosidad por saber de él, ya necesitaba conocer hasta el número que calzaba. En otra vida fui espía, seguro. Así que me dispuse a interrogarlo. Sutilmente, eso sí.

— ¿Vives cerca de aquí?— ahí toda mi sutileza, directa al grano...

— Sí, aquí atrás justo, en la parte de la avenida.

— En la zona de los ricos – dije riendo.

— Bueno, es la casa de mis padres, me la dejaron en herencia, si no, no sería posible vivir ahí.

— ¿Murieron?

— Sí, hace siete años mi madre y mi padre cinco.

— Vaya, lo siento – me puse triste de repente.

— No pasa nada, es duro porque eran jóvenes, ninguno llegó a los 60 años, pero la vida es la que decide.

— ¿Tienes hermanos?

— No, soy hijo único, mi padre también lo era, mi madre tiene dos hermanas en Barcelona y una de ellas solo tiene una hija, mi prima, diez años menor que yo.

— Pues sí que es chica tu familia— pobre vida de mierda tiene el pobre, pensé.

— Eso parece...— dijo con una sonrisa tímida.

— ¿Dónde trabajas? – estaba dispuesta a sacarle toda su vida, con bonita había dado.

— En una empresa de seguridad en Jerez de la

frontera, trabajo de lunes a jueves de 7

de la tarde a 7 de la mañana.

— ¡Dios! Vaya horarios...— lo que os diga, vida de mierda. Pobre chico, ¿eh?

— Bueno, pronto cambiaré de trabajo, espero poder llevar una vida más normal.

— Claro, tienes que tener los horarios cambiados.

— Como mi vida...— sonrió, con esa sonrisa tan dulce que hacía que se me cayese la baba. Y lo que no era la baba. Pero eso a lo que me refiero estaba demasiado húmedo para caerse.

— Entonces esta mañana has salido de currar, ¿no?

— Sí, he dormido un rato y me apetecía comer en la playa y luego darme un baño.

— Yo salí recién de currar, menos mal que hasta el lunes no vuelvo.

— ¿Dónde trabajas?

— En la clínica dental de ahí detrás, en la avenida.

— Ah sí, la de la Doctora Cinthia— dijo tan felizmente.

— Sí, entre otras— sonreí irónicamente al recordarla. ¿La conocía? Joder, ya iba a ponerme de mala hostia de nuevo, esa mujer jodiendo a cualquier hora.

— No te cae bien – dijo soltando una media carcajada, me lo había notado. Normal, no siempre podía fingir como quería.

— Paso palabra...— suspiré.

— Sí – soltó otra sonrisa.

— ¿Llevas mucho tiempo?

— 8 años.

— Pues nunca te he visto, o no me he fijado.

— Pues si has ido en los últimos 8 años, me has visto a la fuerza, lo que pasa que en bata pierdo mucho – bromeé. Luis estaría orgullosa de mí...

— Yo ni vestido, porque tampoco me recuerdas – negó con la cabeza, sonriendo.

— Es verdad – dije pensando que qué lástima no recordarlo. ¿Cómo no me acordaba de semejante bombón? La víbora, la culpa la tenía la maldita culebra, nublabá mis sentidos cuando estaba cerca, seguro – Pero vamos, lo mío es normal, pasan por ahí tropecientos de clientes diario, pero tú no sueles ver más que a una recepcionista allí, así que tú eres el que no tienes excusa – dije bromeando, pero tenía razón.

— Tienes razón— eso seguro...

— Menos mal que me la das...— negué con la cabeza, pobrecito, ya lo estaba

poniendo firme y hacía 5 minutos que estaba sentado en la mesa.

“Relájate, Ainara”, pensé.

— Creo que lo mejor es dártela, por lo que estoy viendo – aguantó la risa.

— ¿Me estas llamando loca? – puse cara de comerlo bromeando.

— No por, Dios, ni se me ocurriría – negó mientras comía la paella y reía.

Se notaba que no me conocía, porque loca se me quedaba corto. Pero el chico era amable, puntos que ganaba.

Una hora y pico hablando, eso fue la comida, contándonos dónde parábamos, dónde habíamos estudiado y poco más, hasta que después de ponernos hasta la bola de comida, me dijo que pediría dos gin—tonics. Me alegró saber que no me iba a dar dos patadas y mandarme sola a la arena,

así que cogimos las copas y nos fuimos a la zona de las hamacas exclusivas del chiringuito y ahí nos tumbamos, copa en mano.

Cuando se quitó la camiseta y se quedó solo con ese bañador surfero, casi me muero, vaya espalda y cuerpo, perfectamente definido de gym, pero nada de exagerado, era perfecto, perfecto para cogerlo y darle un revolcón ahí mismo, perfecto para empotrarlo contra lo que fuera mientras nuestros cuerpos eran pura lujuria. Joder, ¡era perfecto para evitar mis telarañas!

Me mandé a la mierda a mí misma mentalmente e intenté disimular y que no notara la cara de gilipollas por “orgasmo mental” que debía de tener.

— ¿Vienes mucho aquí?

Joder, qué voz... Y a mí el sol me afectaba o no entendía qué me estaba pasando.

Aparte de que, de sexo, nada de nada desde...
Lustros, décadas, a saber.

— No tanto como me gustaría, pero sí cada vez
que puedo. Me encanta este lugar—

respondí.

— Yo soy de sitios más tranquilos— me miró con
una medio sonrisa.

— No me molesta el ruido, soy de las que se
quedan ensimismadas en sus pensamientos e
ignoro lo demás.

— Algún día me explicarás cómo hacerlo— me
guiñó un ojo y yo ya empecé a fantasear con verlo
un día más.

— Cuando quieras— sonreí.

— Esta noche, cena conmigo.

— ¿Cenar el qué?— pregunté, mi boca fue más

rápida que mi mente, ¿cuándo iba a aprender a mantener la boca cerrada? Pero joder, ¿eso era una cita?

— Comida — rio.

Comida, sí, claro, ¿qué iba a ser?— afirmé repetidamente con la cabeza.

— Carne, pescado, marisco... Lo que te apetezca — dijo con voz ronca. Y ronca de verdad, no producto de mi imaginación.

— ¿Por qué?— pregunté. Además de bocazas, idiota. Iba a cargarme la “casi cita” o lo que fuera.

— ¿Por qué qué?— seguía riendo.

— ¿Por qué me invitas?

— No sé, me caes bien y te debo una por lo del restaurante, pero si no te apetece...

Me apeteciera o no, no iba a dejarlo

decepcionado, porque así estaba el pobre ante mis dudas, una decepción que podía crearle un trauma y yo no iba a ser la culpable de traumar a nadie. Bastante tenía con los míos, las pelucas y los calvos entre ellos.

— Oh, no, claro que quiero— mierda, soné desesperada—. Quiero decir, que no tengo planes para hoy— intenté remediar sonando interesante.

— Bien, ¿a las 8?

— 8 y media— interesante, recordad...

— 8 y media— sonrió. Se levantó y, tras pedirme el número de móvil y la dirección de casa para recogerme, sonrió de nuevo—. Gracias.

— ¿Por qué?— pregunté extrañada.

— Por hacerme sonreír.

Y con esas se marchó, dejándome allí, con una cita por delante y una frase que me había intrigado

demasiado.

Cuando lo vi desaparecer de mi vista, hice lo que tenía que hacer. Me levanté de un salto y me puse a saltar y chillar como una loca. No tenía seguro que fuera a echar un polvo, pero, madre mía, ¿qué más podía pedir?

La mala víbora no iba a joderme el fin de semana.



Capítulo 3

Llegué a mi casa muy emocionada. No voy a deciros cómo llegó el bollito que tengo entre las piernas, muy bien horneado. Las bragas me bailaban. Yo estaba más que mojada. Aquel chico me había puesto a cien y ahora lo que me apetecía era darme una ducha. Tenía que apagar aquel fuego que nacía, no precisamente de mi corazón, sino de

otros sitios.

Mis parejas habían sido todo un auténtico desastre. Si se le puede llamar parejas a la fauna con la que había salido hasta ahora. Ya os contaré. A lo largo de estos últimos años me había juntado con lo peor de cada casa. Y ahora tenía la oportunidad de ligarme a un chico que estaba para comérselo de arriba abajo.

Tenía que ponerme guapa. Tenía que sorprenderlo. Ese tío no se me podía escapar. De nada valía hacerme la modosita e intentar no seducirlo. No, me iba a poner lo más provocativo y sensual que tenía en mi armario, que, aunque no era mucho, seguro que algo encontraría. Me apuesto cualquier cosa a que la Cinthia tenía ropa para aburrir a costa de pagarme el sueldo de mierda que me pagaba.

Si no encontraba nada sexy, estaba dispuesta en aquel momento a irme con sujetador y tanga. A aquel tío me lo tenía que cepillar aquella noche

como fuera.

Estaba desatada. Me miré en el espejo y en lo primero que pensé es que tenía que sacarle partido a aquellas tetas, que era donde primero me miraban los tíos. He de decir que Eros no lo hizo, algo que me sorprendió. Eso hablaba muy bien de él, eso significaba que el chico intentaba ser prudente y educado, porque algunos tíos con los que había salido, como el Juanma, metían el hocico en mi escote y se ponían a escarbar con la lengua como si fuesen cerdos buscando trufas en el campo. Aquello era deprimente, pero era lo que había.

Para sacarle partido a mis tetas, lo primero que iba a hacer era ponerme un conjunto que me había comprado recientemente de Victoria's Secret. Estoy de coña. Yo no tenía nada de eso, lo que tenía eran malas imitaciones de los chinos que hacían su papel. Me perfumé de arriba abajo. Me rocié con el desodorante y me rocié tanto que tuve que abrir las ventanas. Empecé a toser como una posesa a

causa de la cantidad de spray que me había echado. A decir verdad, no me había perfumado, lo que hice fue fumigarme, qué barbaridad.

Luego, salí al dormitorio desnuda y abrí el armario. Se me vino el mundo abajo. No tenía nada que ponerme. Hacía siglos que no salía de compras. Mi abuela tenía ropa más moderna que yo. Encontré un vestido ajustado rojo que me sentaría bien. Tenía más años que la tos, pero siempre me venía perfecto. Yo no sé de qué material estaba hecho aquel vestido, pero se me pagaba al cuerpo como un guante.

Me puse lentamente la lencería. Estaba disfrutándolo. Me creía que era Julia Roberts en *Pretty Woman* o algo así y luego me puse el vestido. Había engordado un poco esos últimos meses porque, al mirarme en el espejo, me noté que, con aquel vestido, parecía un vaso de sangría, pero estaba mona y las tetas rozaban mi garganta, y eso a los tíos les ponía siempre.

Hacía mucho tiempo que no me sentía así de ilusionada. Iba a comerme el mundo y después me lo comería a él. El hecho de que se llamara Eros también me ponía. Eros, como el cantante de las baladas que tantas veces había escuchado sola en mi cuarto leyendo la Superpop y poniéndome caliente como una cafetera al ver la cara y la melena del cantante de Europe..., Eros, como el dios del amor, como ... Paro, que vuelvo a irme por los cerros de Úbeda.

Fui a ponerme los zapatos y me encontré con el mismo problema. Tenía unos zapatos cómodos que eran los que usaba para ir al trabajo, unas deportivas de mis tiempos prehistóricos en el gimnasio y unos zapatos de tacón que alguna vez me puse para las bodas de algún primo mío. Otro puto desastre.

A ver qué hacía yo ahora. No me lo pensé dos veces y bajé al chino que estaba enfrente de casa a ver si encontraba algún par. Me puse las deportivas y salí disparada con mi vestido rojo

puesto y todo. El local aquel nunca cerraba y vendían de todo, desde pintalabios hasta misiles Tomahawk.

Cuando el chino me vio entrar se quedó boquiabierto, eso era buena señal. No había mucho donde elegir, pero encontré unos zapatos con tacones de aguja que me hicieron fantasear. Con mi vestido rojo, con mi sujetador push up y aquellos tacones, la Kim

Bassinger de Nueve semanas y media no tenía nada qué hacer a mi lado.

Además, aquellos zapatos me recordaron mis tiempos de juventud en las discotecas de la zona, donde los ligues que la Andrea y yo teníamos acababan siempre vomitando en el parking o metiéndose en peleas muy chungas. Sí aquel mundo era muy chungo, pero lo echaba de menos.

La loca de mí ni se los probó. Tenía prisa, mucha prisa, así que pagué y me fui. El chino no dejó de

mirarme las tetas todo el rato. Estuve a punto de decirle algo, pero, en el fondo, estaba alegre porque eso significaba que iba a triunfar.

Cuando llegué a casa, me fui directa al baño. La nube de desodorante ya había desaparecido. Me puse delante del espejo a maquillarme. Joder, estaba súper emocionada, así que me puse unos labios que ni una muñeca hinchable. Gasté más pintura en mi cara que todo el gotelé que había en las paredes, pero yo me vi bien.

Sin darme cuenta, ya habían dado las ocho. Eros estaba a punto de llegar. Era evocar su nombre y ya sentía cómo ascendía la excitación desde mis tobillos hasta mi... oh, Dios, cómo me ponía yo sola al imaginármelo de nuevo en la playa, sin su camiseta.

Tocaron al timbre. Era él. Había sido puntual. Eso era buena señal, eso significaba que tenía ganas de verme. Allá que fui yo a contestar y le dije con voz tierna y dulce que ya bajaba. Era bueno hacerle

esperar un poco. Tenía que hacerme la dura desde el primer momento y usar mis armas de mujer para conquistarlo, qué cool me ha quedado esta última frase.

Saqué los zapatos de la bolsa y me los puse. Cinco euracos me costaron. No se le puede pedir más a la vida. Me entraron bien, pero, cuando di el primer paso, me di cuenta de que aquellos no eran unos zapatos normales. Me había puesto unos ladrillos bajo las plantas de mis pies.

No había marcha atrás. Iba a triunfar, me decía yo. Salí de casa como pude. Solo recé a Dios para que a Eros no se le ocurriera dar un paseo por el malecón de alguna playa porque si no, iba a flipar en colores.

Allí aparecí yo, después de dejar el ascensor, con mis tacones de aguja. Parecía una estrella de Hollywood. Cuando Eros me vio, noté que me miró de arriba abajo. Le gustaba lo que estaba viendo y eso me alegró, pero, claro, algo tiene que

joder aquella escena maravillosa.

Uno de los tacones se quebró nada más dar el primer paso en el portal y mi centro de

gravedad se fue a tomar por saco. Menos mal que Eros estaba allí y me cogió antes de que mis tetas dieran contra el suelo.

Yo lo agradecí porque pude notar la presión de sus manos en mis caderas. Qué bien olía, por favor.

— Cuidado, muchacha. Que te me vas a romper antes de salir —dijo él sonriendo.

— ¡Qué torpe soy! Perdóname. No sé lo que me ha pasado — mentí como una bellaca, pues lo que me había pasado es que me había comprado una mierda de zapatos y, como dice mi abuela, lo barato sale caro.

— No pasa nada. Me has dado un susto de muerte. Estás muy guapa, ¿sabes? —dijo él con aire de conquistador.

— Gracias, me gusta que me lo digas. Me he puesto lo primero que he encontrado por casa — volví a mentirle con total descaro, pensando que si este supiera toda la verdad de mi show saldría por patas.

Eros no sabía con quién estaba saliendo, pobre. Qué guapo iba él con aquella camisa blanca y con esos jeans tan ajustados. Se le marcaba todo. No sé si estaba provocándome o eran todo imaginaciones mías, pues me encanta fantasear, algo normal para alguien como yo que llevaba una vida bastante aburrida y monótona.

Su coche no era del otro mundo. Un Peugeot 208, nuevo, tipo 4x4, precioso, pero no un BMW, pero a mí eso no me importaba. Porque lo que me interesaba era él, su cuerpo, su boca, su todo. Después de subir a casa y ponerme los zapatos de siempre, me monté en su coche. El tío me abrió la puerta y todo como si fuese a sentarme en el asiento de una limusina.

— Quizá una princesa como tú no se merece un coche como este —dijo él sin dejar de sonreír una vez que se puso al volante.

— Mira, Eros, voy a ser clara contigo. No me van esos rollos de príncipes y princesas, así que déjate de cursiladas y chorradas por el estilo si quieres que esta cita salga bien

— se me escapó inconscientemente.

— Ah, ¿esto es una cita? — preguntó enigmático y haciéndose el misterioso.

— No sé lo que es. No me pongas nerviosa. No me refiero a una cita como si fuésemos novios — cuanto más hablaba más la cagaba así que opté por callarme.

— Vale, te he entendido, Ainara. Te voy a llevar a un sitio que te gustará mucho.

Yo estaba entregada aquella causa. Vi que él miraba hacia la carretera, pero de vez en cuando

giraba la cabeza y me sonreía. Entonces yo me sonrojaba y no decía nada.

Ahora me daba cuenta de que yo no tenía nada que ver con la chica que se había puesto delante del espejo y estaba dispuesta a devorarlo. De alguna manera, su presencia me hacía pequeña y esa sensación también me gustaba.

Allí iba yo, dentro de un Peugeot, más feliz que un ocho, en dirección a un sitio que no conocía. Parecía que Eros me había preparado una sorpresa. Hacía tiempo que yo no experimentado algo así. Como ya he dicho, mis ligues hasta la fecha habían sido todos un desastre. Aún recuerdo mi primera y única cita un chaval llamado Richard. Parecía un chico interesante y además era muy guapo. Lo había conocido en una discoteca y mi amiga, muerta de la envidia, solo sabía decirme que aquel chico escondía algo raro.

Yo le dije que lo que le pasaba a ella es que estaba celosa. He de reconocer que Andrea no se

equivocó. Al día siguiente, cuando yo quedé con Richard, el tipo se plantó con su madre. No podía creérmelo. Sí, a nuestra cita, acudió con su madre porque para él era una persona muy importante y tenía que darle el visto bueno sobre mí. Yo estaba alucinando. Después de tomarnos un café en una plaza, porque no quería ser maleducada con aquella mujer, y pensando que la madre se marcharía y nos dejaría solos, él me propuso ir al cine. Richard era un yogurín y pensé que en el cine nos daríamos el lote, pero no fue así porque su señora madre se vino también con nosotros.

Yo estaba hundida en la miseria. Yo estaba haciendo el ridículo. Si alguno de mis amigos o de mis amigas me veía en aquella situación, yo tendría que exiliarme de Cádiz. Yo me había puesto mi famoso vestido rojo que me sentaba entonces mejor que con mi cita con Eros. A lo largo de la película, pude comprobar que la madre no dejaba de susurrarle cosas en la oreja a su hijo.

Cuando salimos del cine y yo me propuse salir de

allí corriendo para que nadie me viera, Richard me dijo en un apartado que no quería seguir saliendo conmigo, que, según su madre, yo no era una chica que estuviera a su altura. Madre mía, menos mal, yo creo que aquel chico estaba enfermo; acabaría como el de Psicosis con una peluca de anciana y matando gente en una bañera.

No le arranqué la cabeza allí mismo al tal Richard porque estaba más triste que enfadada, pero yo no sé qué imán tengo para los tíos. Se me pegan los peores.

Sabía que, con Eros, todo iba a ser diferente. No podía ser de esa clase de hombres con los que yo había salido antes.

No tenía ni idea de a dónde se dirigía con su Peugeot. Eso le daba más emoción aquella situación. De repente, me pidió que pusiera música. Pulsé el play y empezó a sonar una canción de Luis Fonsi. Aunque a mí me gustaba más Maluma, no me molestó escuchar aquellas

baladas. El tipo parecía todo un romántico. Y aunque le había dicho que a mí no me gustaba ese tipo de cosas, tenía que reconocer que él estaba haciendo todo lo posible por agradarme.

De repente, el coche se paró. Pude comprobar que estábamos rodeados de dunas. Al fondo, se veía un restaurante muy coqueto. Unas luces parpadeaban en su interior.

Entramos y la verdad es que el sitio era muy acogedor. Había mesas en una terraza desde donde se podía ver el mar. El camarero nos acompañó hasta esa terraza precisamente. Yo seguía emocionada.

No tenía nada que ver aquello con las invitaciones que mis antiguos novios me hacían en el Burger King. Bueno, invitaciones, la mayor parte de las veces tenía que pagar yo, pues era la que trabajaba. La mayoría de los tipos con los que haber salido o no trabajaba o estaban en el paro. Pero, bueno, todo eso formaba parte del pasado.

Ahora mi presente era Eros. Qué fina me ha quedado esta frase.

Pedimos ensaladilla y pescadito frito. Estaba todo riquísimo. Bebimos sangría. Yo estaba muerta de hambre y de sed, así que me dejé llevar por mis instintos, y masticaba y hablaba al mismo tiempo. Eros se reía.

— Bueno, cuéntame algo más de tu vida – dije yo con la boca llena de calamares.

— No hay mucho que contar, Ainara. Soy un tipo normal y corriente. Ya has visto.

Tengo un Peugeot – intervino él mirándome no precisamente a los ojos.

Yo hacía todo lo posible para que el tipo se fijara en mi escote, así que no paraba de hacer posturitas para que mi canalillo sobresaliera. Aquello no estaba bien, pero tenía treinta años, llevaba mucho tiempo sin mojar y mi cuerpo necesitaba un buen

meneo, así que no iba a andarme con chiquitas. Desconocía las intenciones de Eros aquella noche, pero estaba siendo educado y cortés, y eso a mí tampoco me desagradaba.

Aunque, si he de ser sincera, lo esperaba más lanzado.

— Gracias por esta invitación, Eros – dije yo más comedida, restregando la mayonesa

por encima de una croqueta de jamón que nos habían servido.

— ¿Invitación? Pagamos a medias, ¿no? – preguntó él con rostro muy serio.

— Estás de coña, ¿verdad? Porque yo no me he traído la cartera.

Era cierto. En mi bolso de Hello Kitty solo llevaba toallitas húmedas por si la cosa se ponía interesante.

— No, no. Nunca he hablado más en serio en mi vida – dijo él con los ojos abiertos como platos.

— No me jodas. Pues, podíamos haber ido a la pizzería de mi barrio o a un Burger, pedazo melón –dije yo con enfado.

Eros comenzó a reír. Me había gastado una broma.

— Estás hecho un capullo, lo sabes, ¿verdad? – le solté lo primero que se me vino a la cabeza, pues me había dado un susto de muerte, aunque no sería la primera vez que me iría de un sitio haciendo un sinpa.

— Eres encantadora. Me gusta cuando te sonrojas y cuando te ríes así – dijo él mostrándome una dentadura perfecta.

— ¿Te puedo hacer una pregunta, Eros?

— Claro, dime, siempre que no se trate de algo muy personal y que me ponga en un compromiso.

— Uff..., qué misterioso. Pues, sí, es una pregunta personal. ¿Has salido con muchas chicas?

— Bueno, lo normal, pero nada serio, ¿sabes? No he logrado tener un noviazgo demasiado largo – dijo él evitando mirarme ahora el escote.

— ¿Por qué? – me puse en plan detective y aquello en vez de una cena parecía ya un interrogatorio.

— Pues, como suele decirse, no he encontrado a la persona adecuada para mi estilo de vida – dijo él tomando su copa para beber.

—

Bueno, ya me irás contando – dije yo con naturalidad.

— Eso significa que nos vamos a volver a ver, Ainara, ¿verdad?

Yo bebí de mi copa también y puse morritos con intención de lanzarle un beso desde la distancia.

Respiré hondo cuando dejé la copa para que viera que mis pechos estaban a punto de estallar. Lo que quería era transmitirle que mi cuerpo y yo estábamos receptivos. Él se limitó a sonreír.

Lo estábamos pasando genial. Después de cenar, nos fuimos a una barra que estaba dentro del restaurante y empezamos a beber ron con cola y gin—tonics. El alcohol empezaba a surtir efecto. Yo me pegaba cada vez más a él. Cada vez que él hacía un chiste, yo fingía que me hacía gracia y lo agarraba por la cintura o hundía mi rostro en su pecho como si me estuviese partiendo de risa. Pero, vamos, lo que quería era darle un buen repaso. Lo tenía todo muy duro. No quería imaginarme cómo tendría lo que sus jeans escondían.

No me equivocaba. Eros no era esa clase de hombres con las que yo había salido.

Podía haberse aprovechado de mí. Yo estaba por la labor de tener sexo con él. Pero él no lo hizo.

Aunque he de confesar que hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien simplemente hablando y riendo al lado de una persona. Antes de coger el coche, dimos una vuelta afuera, cerca del agua. Él tenía que conducir y me dijo que no quería problemas con la policía a causa del alcohol. Yo me reía sin parar con cada cosa que decía, pero a él parecía gustarle mi actitud, vamos, que le gustaba que yo hiciera la gilipollas después de tres copas.

Me acompañó hasta casa en su coche y volvió a ponerme la música de Luis Fonsi durante el trayecto. Con el alcohol que llevaba encima, no entendía nada de aquellas letras de amor. Él seguía encantador.

Quedamos en vernos al día siguiente a las doce. Me propuso ir a una playa maravillosa. Yo estaba más caliente que el picaporte de una perrera así que me fui directa a la ducha. No voy a decir lo que hice en la ducha, pero necesitaba sentir de alguna manera que Eros me había tenido entre sus

brazos, aunque fuese solo en mi imaginación.



Capítulo 4

¡Resaca del diez!

No, no podía ni con mi alma, en veinte minutos estaría abajo esperándome, corrí hacia la ducha, me preparé un café con la toalla liada mientras me secaba, corrí a vestirme, volví a tomarme el café, preparé la bolsa y bajé corriendo.

— Hola, Eros – dije mientras me montaba en el coche, llevaba unas gafas de sol que me tapaba toda la cara.

— Hola, preciosa – dijo mientras besaba mi mejilla y arrancaba el coche.

— ¿Resaca?

— Lo miré y me bajé las gafas.

— Ya veo que sí...

— Todo por tu culpa – le saqué la lengua.

— ¿Mi culpa? ¡Qué morro tienes! – dijo sonriendo y negando con la cabeza.

— Quiero morirme...

— Sí, ya, pero aún te queda mucha vida y la resaca se te pasará, así que no seas exagerada.

— ¿Yo exagerada? – pregunté victimizándome.

— Mucho...

— ¿Dónde vamos?

— A una preciosa playa que seguro que conoces.

— Qué misterio, hijo. ¿Chiclana?

— No...

— ¿Tarifa?

— No...

— Mira que con la resaca que tengo o me lo dices ya o te tiro con lo primero que vea.

— Eres muy impaciente.

— ¿Y?

— Nada – sonrió mientras negaba.

— Bueno, que tenga un chiringuito, es mi único requisito, más que nada porque no he preparado nada de comer.

— Nadie te dijo que lo hicieras...

— Por si acaso — le saqué la lengua.

— Creo que de todas formas eres de cocinar poco

y más viviendo sola.

— Qué va, cocino, me gusta, aunque es verdad que no todos los días, siempre me pillo algo en la calle. Querías que te hubiera hecho una tortilla de papas, ¿no? – bromeé.

— No, solo que te imagino que entras poco a la cocina...

— Sí, ya, tu querías la tortilla de patatas.

— Sé hacerla, tengo mucha mano en la cocina.

—

Mira, qué bien, me vienes de lujo...

— ¿Para cocinarte? – soltó una risa que se me cayó el alma

— ¡Para lo que quieras! – se lo solté, me quedé tan ancha y vi como la sonrisa se volvió más mágica.

— ¿Segura?

— Estoy de resaca, cualquier cosa la hablas con mi abogado.

— No, gracias...

— Es buena gente, te lo digo en serio – seguí bromeando.

— Ya, pero los abogados cuanto más lejos mejor...

— ¿Te has divorciado?

— ¡No! Nunca he estado casado – soltó una carcajada floja.

— Pues lo pareces, por cierto, ya sé dónde vamos...

— Obvio, diez carteles señalizando por donde coger para llegar al Sajorami Beach.

— ¡Me encanta! Es todo un paraíso para tomar algo y darse un buen baño.

— Una buena cerveza y adiós resaca – dijo mientras aparcaba el coche.

— ¡Acepto! Yo soy masoquista, ¡vamos a por otra borrachera!

— Qué peligro tienes – negó con la cabeza.

— No lo sabes bien – dije adelantándome y cogiendo una estupenda mesa en aquel paradisiaco lugar, en alto, frente al mar...

Nos pedimos dos cervezas de botellín bien frías, en ese momento sonaba de fondo Melendi, él me miraba mientras yo canturreaba la canción.

— Cuéntame algo de ti, Eros.

— Siempre empiezas igual, Ainara. Soy poco hablador, seguro que tú tienes cosas más interesantes para contar.

— Paso de hacer un monólogo – saqué mi lengua.

— Nunca lo hiciste, siempre te escuché y contesté.

— Pues larga por esa boquita, háblame de tus amigos.

— Estoy un poco solitario en eso, tengo dos grandes amigos, los dos están fuera, trabajando... Después tengo muchos conocidos, que te encuentras, tomas una cerveza y poco más. ¿Y tú?

— Yo tenía a mi mejor amiga, pero hace un mes nos emborrachamos, la liamos y no nos hablamos...

— Pues deberías arreglarlo.

— La culpa fue de ella.

— ¡Qué más da! No podéis tirar una amistad de esa manera.

— Paso de hablar de eso, pídemme otra cerveza.

— Vale, pero prométeme que te plantearás hablar con ella.

— No prometo nada sin presencia de mi abogado.

— Qué payasa eres – negó con la cabeza.

— Entonces el lunes entras por la tarde noche y hasta el jueves...

— Así mismo...

— Pues qué putada, sobre todo en verano.

— Ya, pero... ¡Es lo que hay! Siempre me quedaran los fines de semana para disfrutarlo a tope.

Me moría con él, me gustaba, me ponía, me daban ganas de todo, pero parecía que su calma la llevaba en venas, era el señor correcto.

Pasamos todo el día de la hamaca al agua y al chiringuito, escuchamos la música, nos contamos

mil anécdotas de cuando éramos más jóvenes, nos llevábamos cinco años, él ya había cumplido los treinta y cinco.

Vimos el atardecer comiendo un surtido de pescado frito, aquello era magia, estaba disfrutando de lo lindo, era un ángel que me había caído del cielo.

Volvimos a las 12 de la noche, me dejó en casa y quedamos en volvernos a ver a la mañana siguiente, volveríamos a pasar el domingo juntos.

Me acosté feliz de la vida, me sentía super bien a su lado, estaba deseando volverlo a ver...

Desperté temprano y desayuné tranquila, hice una tortilla de patatas, empané unos filetes de pollo, hice una ensalada de pasta y lo metí todo en mi cesta de mimbre. Me cambié y bajé feliz de la vida, le dije de comprar el pan, el cogió mi cesta y sonrió al verlo todo lleno de tupper, así que nos fuimos en plan domingueros total.

Rápido pasó el chico que llevaba el carrito vendiendo las latas fresquísimas, pedimos dos cervezas, ahí frente al mar, mirando al infinito, hasta el silencio nos sentaba bien, se notaba que había algo especial en los dos.

Se emocionó con mi comida, la tortilla alucinó con el grosor que la había hecho y lo bien que me había salido, bromeó mucho diciendo que su madre quería que el encontrase una mujer que cocinara así, yo le decía que aprovechara que estaba de oferta.

Pasamos un día precioso, no, no me puso una mano encima, por la noche después de cenar en un bar junto a la playa, me acompañó a casa y quedamos en volvernos a ver al fin de semana siguiente.



Capítulo 5

Si llego a conocer al que inventó los lunes, lo mato. Literalmente. Y estaba empezando a asustarme conmigo misma porque mis visiones con tripas fuera de gente eran demasiado frecuentes ya.

Pero joder, lunes. A trabajar. Sí, tenía que estar agradecida por tener trabajo, pero eso significaba ver a la víbora mayor y ya eso me hacía tener una mala hostia... Lo normal, vaya.

Cerré la puerta de mi solitario loft (así sonaba más pijo para la gente, hasta que me conocían y lo refinado se iba al traste) y salí hacia la clínica. Me pasé todo el camino suspirando. La imagen de Eros se había grabado en mi mente y no había manera de borrarlas. Eros sonriendo, Eros riendo, Eros mirándome intensamente, Eros... Eros...

Mierda, ¿me estaba pillando por él?

No, ya lo hiciste, suspiré. Joder, iba directa a sentir lo que no debía, ¿no podía verlo como un simple polvo? Rezaba porque eso fuera así porque

enamorarme no entraba en uno de mis planes semanales.

Llegué a la clínica, me mordí la lengua para no soltarle cuatro cosas a la víbora cuando me preguntó por su café. Ve tú por él, pedazo de vaga, eso tenía ganas de decirle, y algún día lo haría, a ver si así se daba cuenta de cómo de enorme se le estaba poniendo el culo. Esa ni hacía deporte ni follaba ni mierda para ella. ¿Pero quién era yo para hablar? Ni una cosa ni la otra. Maldita vida.

Me fui por el café, imaginando cómo se lo derramaba por la cabeza mientras su perfecta piel de alabastro, que no era otra cosa que miles de capas de maquillaje, desaparecían para dejar paso a una piel roja y achicharrada...

— Despierta, ¿qué sueñas esta vez? ¿Le sacas las tripas, la degollas o...?

— ¿Eh?— miré a Luis, atontada— No, se le quemaba la cara— sonreí maliciosamente, me

conocía bien.

— Joder, pues ahí te pasaste— dijo muerto de la risa.

— No tanto como me gustaría— resoplé—. Algún día le soltaré todo lo que pienso.

— Pero me avisas para no perdérmelo— me guiñó el ojo mientras ponía los cafés en la bandeja, como todos los días.

— Dalo por seguro— reí.

Cogí el móvil del bolsillo de mi bata cuando sonó y casi se me cae al suelo al ver un mensaje de Eros.

“Hola, preciosa, recién me despierto. Cómo me gustaría desayunar contigo”.

Una sonrisa tipo “jijiji”, de gilipollas completa, salió de mi garganta. Luis carraspeó y me miró con las cejas enarcadas, curioso. Volví a bajar la

mirada al móvil, ignorándolo.

“Buenos días, ¿cómo estás?”

Vale, no fue muy elocuente el mensaje pero joder, me temblaba todo. Y cuando digo todo, es todo.

“Bien. Solo quería desearte un buen día. Y que me prometas que sonreirás”.

“Trato hecho. Feliz día”.

¿Se podía ser más gilipollas que yo? La verdad era que no. Puse los ojos en blanco y volví a escribirle al ver que seguía en línea.

“A mí también me encantaría desayunar contigo”.

Me mandó unos emoticonos de besos y vi cómo ya no estaba conectado. Levanté la mirada y me encontré con Luis, con los brazos cruzados, apoyado en la barra.

— ¿Qué?— pregunté recelosa.

— ¿Y bien? ¿Qué no me estás contando, pedazo de hija de la grandísima...?

— Nada— lo corté antes de que el taco que iba a soltar saliera de sus labios—, solo es un amigo.

— Un amigo...

— Sí— me encogí de hombros.

— ¿Al que te tiraste o al que estás intentando tirarte?

— Todas no estamos tan salidas como tú.

— Cariño, te hace falta un buen hervor.

El cliente, el mismo de siempre, volvió a atragantarse. Me estaba dando curiosidad ese hombre, ya le preguntaría en otro momento quién era y dónde trabajaba.

— ¿Tiene que enterarse todo el bar mi precaria situación sexual?— gemí.

— Como si no lo supiera media ciudad— resopló Luis—. Venga, cariño, escupe.

— Está bien— suspiré y le conté sobre Eros, un poco por encima, no demasiado, lo suficiente para que me dejara en paz o iba a tener a la mariquita mala intentando sonsacarme toda la semana—. Y ya está, solo me deseó un buen día— dije recordando el mensaje de minutos antes.

— Oh...

— ¿Oh? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?
¿Oh?

— Sí, aparte de que me voy a divertir viendo si eres capaz de sacar a la leona que tienes dentro y follártelo de una vez.

— ¡Luis!

— Luis nada, que a este paso te beatifican. Deja de montarte historias románticas y tíratelo, dale una alegría al cuerpo.

Lo fulminé con la mirada y salí del bar de mala hostia, de nuevo. Pero sí, tenía razón, quizás yo estaba empezando a imaginarme cosas que no debía, normal con la cantidad de novelas románticas que leía, cuando solo debía pensar en sexo, ¿no?

Como si pensaras en otra cosa, dijo mi conciencia.

Bueno, a veces solo pensaba en eso, pero era una cuestión de supervivencia.

Les di los cafés a Pau y la víbora y me senté a tomarme el mío, mi cabeza sin parar de darle vueltas a lo mismo. Tenía que ver a ese hombre solo como sexo, no era tan difícil, ¿no?

Como si el Karma se quisiera reír de mí, mi móvil sonó, de nuevo, con un mensaje de él.

“Saldré a darme un baño, me encantaría que pudieras venir”.

Y ahí se fueron directamente a la mierda todos mis pensamientos. Un baño con él...

Sexo... Abrazos... Besos...

Joder, solo esperaba echar un buen polvo, o más de uno mejor, y no enamorarme.

La mañana pasó sin muchos contratiempos, más que nada porque yo estaba demasiado atontada con mi Eros como para hacerle algún caso a la culebra, así que la ignoré completamente, o todo lo que pude, y me dediqué a mensajearme con el buenorro que me ponía nerviosa.

Como si quiere ponerme mirando para Cuenca, pensé y me descojoné yo sola, como loca, en medio de la sala de espera de la clínica. Me di la vuelta y dejé a todos mirándome mientras me iba. Corriendo, eso sí.

Pasamos el día mandándonos mensajes y yo ya empezaba a necesitar un babero. Ese hombre era un caballero. Tan educado, tan correcto, tan... tan... Follable, suspiré.

“Espero que tengas un turno bueno y que no trabajes demasiado”.

Mandé ese mensaje cuando intuí que ya debía de estar trabajando. Dos horas después seguía, no solo sin respuesta, si no que ni siquiera lo había leído, y su última conexión fue hacía como una hora. Me encogí de hombros, quizás apagaba el móvil para que no

lo molestaran en el trabajo.

Me acosté y seguía extrañada, era medianoche y seguía sin leer mi mensaje ni conectarse, pero no iba a ponerme a imaginar tonterías, así que deseché de mi mente que ya se hubiera aburrido de mí y me puse a contar... Dejémoslo así, porque ovejitas no eran.

El martes, nada más despertarme, ya tenía un mensaje de él. El alivio me invadió al ver que volvía, que no me había olvidado. Una enorme sonrisa se formó en mi cara, o sonrisa de idiota, como queráis llamarla, la cual no se me quitó en todo el día. Ni siquiera la víbora mayor podía borrarla de la cara y eso es mucho decir.

Le deseé las buenas noches y, de nuevo, su móvil sin conexión. Puse los ojos en blanco, tenía que decirle que, aunque estuviera trabajando, debería dejar el móvil activo, ¿y si pasaba cualquier cosa? ¿Cómo qué?, pensé, porque como yo no lo necesitara para un polvo, no sé qué podía decirle de madrugada.

Eso, hija mía, un buen polvo necesitas.

Estaba empezando a odiar a la voz de mi cabeza.

Por suerte, la semana se me hizo corta, al menos en el trabajo. El jueves por la noche me acosté y, aunque imaginaba que no leería mi mensaje

mientras trabajaba, se lo escribí. Diciéndole que tenía ganas de que llegara mañana y verlo.

Mierda, ese hombre me estaba gustando demasiado.

Dios mío, solo te pido un polvo salvaje con él y que luego sea lo que tú quieras, pensé antes de poner mi móvil en silencio y cerrar los ojos, imaginando su boca, sus manos, su...

Joder, otra noche más a aliviarme yo sola.



Capítulo 6

Llegó el fin de semana que yo tanto estaba deseando y que también deseaba mi cuerpo.

El hecho de saber qué Eros estaba esperándome ya

en su coche, en aquel Peugeot, hacía que mis bragas se empaparan. Sé que soy una bruta al decir todo esto, pero al pan, pan y al vino, vino, y yo lo que tenía era unas ganas locas de mojar. Y sé que más de una de la que estáis leyendo mi historia estaríais pensando lo mismo que yo. A más de una le habría gustado estar en mi lugar.

Teníamos todo el fin de semana para nosotros solos. No tenía ni idea de lo que íbamos a hacer, pero eso era lo de menos. Lo que quería era estar con él, sentirlo cerca.

Follármelo cuanto antes. Hasta ahora se había mostrado educado y prudente conmigo y había hecho que cosas sencillas se convirtieran en algo maravilloso. El hecho de estar cenando juntos o de pasar un día en la playa hacían que mi vida tuviese sentido, después de pasar una semana en aquel trabajo de mierda al lado del calvo y de la momia aquella de Cinthia. Qué asco le tenía.

Me puse ropa informal. Había encontrado una

camiseta de mi amiga Andrea en el cajón, una camiseta con unas frases en inglés. Me la probé y me quedaba mona. Que se joda, pensé. Ahora era para mí aquella prenda y me hacía un tipazo.

Me puse unos pantalones y, debajo de la camiseta, llevaba mi habitual lencería de los chinos. Es triste, pero mi sueldo no me daba para nada más. Cuando Eros me vio aparecer, sonrió, pero luego pude ver que su cara cambió de color. Algo estaba pasando a mi alrededor y no me había dado cuenta todavía.

— ¿Qué te pasa? Parece que has visto a un muerto – dije yo asustada.

— ¿Sabes lo que te has puesto? – me preguntó mirando nerviosamente a un lado y a otro de la calle.

— ¿Es que voy mal? No te gusta el conjunto. A ver si ahora va a resultar que el señorito es un experto en moda y no le gusta lo que ve – me reí en su cara

con aquella frase.

Pude ver que Eros no dejaba de mirarme la delantera. Yo estaba feliz de que lo hiciera.

Estaba cediendo ante mis encantos.

— Es la frase en inglés, Ainara.

— ¿Qué le pasa? ¿Qué pone? Creo que es un verso de Shakespeare –dije yo ingenua de mí, haciéndome la lista.

—

No, no es un verso de Shakespeare, por lo menos que yo sepa. No me imagino a un escritor como ese escribiendo algo así. ¿Sabes inglés?

— No, nada de nada. Suspendí todos los cursos. Era muy torpe con los idiomas, bueno, y con lo que no eran idiomas –dije yo sonriendo.

— En tu camiseta pone “If you think I'm a bitch,

you should meet my mother” – leyó con un acento extranjero que me dejó flasheada.

— ¿Y eso qué cojones significa? – pregunté ya temiéndome lo peor.

— Si piensas que soy una puta, deberías conocer a mi madre, eso es lo que pone en la camiseta que te has puesto. A mí no me importa que la lleves, pero, si puedes cambiártela, mejor – dijo él con voz temblorosa.

Me dio una vergüenza horrorosa y eso que yo, según pasaban los años, tenía menos sentido del ridículo. Pero, en aquel momento, habría deseado que me hubiese tragado la tierra allí mismo. Me puse colorada. Me mordí el labio. Por primera vez, me di cuenta de que ser una inculta y una analfabeta no es nada de lo que tienes que enorgullecerse. Yo no dije nada. Lo miré con pavor. Me di la vuelta y fui directamente al ascensor.

Enseguida pude oír las risas de Eros al fondo. Se estaba partiendo conmigo. A partir de ese instante, si odiaba a mi amiga, este odio se había multiplicado por mil. ¿Quién le mandaría a esa tonta llevar la camiseta que yo ahora me había puesto? La tiraría a la basura y me pondría alguna otra mucho más corriente, de esas que regalan las promotoras o los supermercados, una de propaganda.

Salí de nuevo a la calle y Eros me esperaba dentro del coche. No estaba fuera para abrirme la puerta como si fuese la princesa de Gales.

— Hijo, ¿ya te has cansado de las finuras?

— ¿A qué te refieres? — preguntó extrañado.

— A que no estabas afuera para abrirme la puerta — dije yo un tanto dolida.

— Hostias, se me había olvidado. Sal del coche. Sal, sal, ...

— Pero, ¿qué te pasa ahora? ¿Te ha dado un mal aire? – pregunté un tanto alarmada.

Me bajé del coche completamente asustada. Yo no sabía de qué iba aquella historia.

Me cogió por la cintura y me acompañó hasta el portal de mi edificio. Me planto allí y él se alejó hasta la puerta del copiloto y entonces la abrió y me dijo: “Adelante, señora. Su coche, la están esperando en palacio”.

Si Eros hubiese sido uno de esos novios chungos con los que había salido anteriormente, lo habría mandado a la mierda, pero se trataba de Eros, de mi Eros, tan buena persona, tan buen chico, tan guapo. Parecía un actor de cine allí, delante de su coche, abriéndome la puerta.

Le dije “gracias” con un tono seductor. Arrancó el coche y desaparecimos de allí. Piso el acelerador y pude ver otra faceta de Eros. Le gustaba la velocidad. Ahora que lo miraba fijamente, aquel

perfil, aquel rostro y aquellas manos al volante me recordaban a alguno de los actores de *Fast and Furious*. Yo estaba de nuevo mojada. No nos decíamos nada. Simplemente nos mirábamos, pero, en aquellas miradas, yo detecté algo diferente. Él tenía ganas de algo más de pasar un buen rato charlando o gastando bromas. Pude averiguar en el brillo de sus ojos que este tenía ganas de ponerme fina.

Hoy me tocaba puesta a punto, seguro.

Yo no sabía inglés, pero sabía otras cosas, y este no me la daba a mí con queso. El tío estaba más caliente que una Nespresso. Y yo también. Puso música romántica y yo cerré los ojos. Quería imaginármelo desnudo. El coche no tardó nada en llegar a su destino. Estábamos en la Avenida Cádiz. Íbamos a su piso. A él no lo noté muy nervioso cuando dejó aparcado su coche.

No nos decíamos nada. Mi corazón se aceleraba por momentos. Me cogió por la cintura como si se

hubiese roto cualquier distancia entre nosotros. Yo estaba ansiosa al

ver que él me miraba con la intención de devorarme. Claramente, aquella cara que él ahora ponía no tenía nada que ver con el Eros sentimental y tranquilo de los últimos días.

— Vivo en un octavo – dijo secamente.

— ¿Qué me quieres decir con eso? – pregunté con el corazón a cien.

— Que tenemos un minuto en el ascensor para calentar motores – dijo de repente y no me dejó contestarle.

Se lanzó a mi boca directamente y su lengua entró como un rayo. No cesaba de moverla de arriba a abajo, de sorber mi saliva y mis labios frenéticamente. Estaba desatado. Yo me entregué e intentaba luchar contra su lengua. Hacía lo que podía, pero se notaba que el tío era un profesional

en aquella materia. Eros no era ni la primera vez ni la segunda que se morreaba con alguien. Sus manos fueron directamente a mis pechos. Oí que decía mientras tomaba aire para seguir mirando: ¡Qué globos!

Notaba que era un hombre fuerte. Sus brazos eran unos brazos fornidos. Se veía a la legua que el tío se cuidaba. Estaba macizo, aunque no era de esos tipos hinchados de los gimnasios que tienen más tetas que yo.

Se detuvo un momento y sacó la llave del bolsillo para abrir la puerta de casa. Yo solo quería treparlo. Noté que cerca de su bolsillo había aparecido una tienda de campaña.

El tío se había puesto brutote y se había excitado. Y mucho. Tenía que tenerla como una llave inglesa. Los pantalones le iban a reventar. Abrió la puerta y entramos. Podía describiros el apartamento, el papel de la pared, el estilo de las lámparas y todo eso, pero me vais a matar si hago

eso ahora en este punto. Vuelvo a ponerme cachonda cada vez que lo recuerdo.

Yo seguía con aquella lengua en mi boca. Parecía una culebra. Me llevó hasta la mesa del comedor y, como en la película “El cartero siempre llama dos veces”, se echó sobre mí en el tablero. La mesa era maciza. Menos mal. Porque, al principio, temí que nos fuésemos al suelo y me rompiera la espalda. No me dio tiempo a verla venir.

Cuando estaba comiéndome las tetas y yo solo sabía tomar aire para aguantar aquel subidón de adrenalina, el tío, mi Eros, ya se había quitado los pantalones.

No la vi venir. Aquello no era una polla, era un misil. Estaba muy bien dotado.

Demasiado. Entró con ganas. Yo grité de dolor y de placer al mismo tiempo.

Dejó de besarme y se inclinó un poco, y entonces

empezó lo bueno, de verdad. Empezó a embestirme. Movía sus caderas y su culo con todas sus fuerzas y a un ritmo tremendo.

Yo me dedicaba a dejarme llevar. No podía abrir más las piernas. Iba a tener luego unas agujetas de aúpa. Vi que se quitaba la camiseta. Estaba sudando. Tuve la sensación de que una rabia interior salía de él y la proyectaba en aquella fuerza que su polla ejercía en mí como un taladro.

Estaba siendo el mejor polvo de mi vida. Sus abdominales marcados y su torso desnudo se hinchaban con cada respiración. Mis pechos, de repente, eran amasados por sus manos potentes. Tenía dentro de mí el poste de teléfonos que podía ver desde la mesa a través de una ventana que daba a un solar.

Eros gruñía como un animal enjaulado. Yo gritaba y gritaba. Los vecinos nos iban a denunciar después de aquel espectáculo que estábamos dando.

Yo me corrí. No pudo aguantar más. Empezó a tener convulsiones, algo que no había experimentado siquiera con mi consolador. El tío se estaba superando. Estaba hambriento. Peor que yo, con lo modosito que parecía al principio.

Cuando vio que yo había tenido aquel orgasmo, se paró. Me miró a los ojos fijamente, sonrió, pero aquella sonrisa me dio miedo. Salió de mí aquella trompa y se acercó con ella a mis pechos. Pero aquello no era normal. Cuando la vi ante mí, me asusté.

Aquello no era un pene, aquello era un prodigio de la naturaleza, una boa constrictor.

Mi Eros descargó todo su semen entre mis pechos. Y aquellas descargas tampoco eran normales. Me empapó entera y me dijo mientras lo hacía.

— Aquí tienes lo que buscabas, cariño. Solo sabes insinuarte con ellas. Aquí tienes tu premio – dijo él con voz cavernosa.

— Me ha gustado mucho, Eros. No me lo creo todavía. ¿Puedes traerme una toalla?

Porque esto no se va con mis toallitas húmedas — dije con cierta vergüenza, pero encantada de la vida.

— Sí, claro, ahora mismo.

Allí iba él. Parecía un trípode. Su miembro todavía erecto se balanceaba al mismo tiempo que goteaba. Yo no había visto unas descargas así en la vida, ni siquiera en las pelis porno que solía ver alguna tarde que me quedaba sola en casa con la Andrea.

Lo mejor de todo aquello es que me gustó su lenguaje sucio, sus bruscas formas de hacerme el amor así, de improvisado, sin que me diera tiempo a reaccionar. Estaba en

éxtasis. Me dio la toalla y me besó en los labios con mucha ternura. Seguía desnudo.

Yo no podía dejar de mirar su miembro. Se dio la vuelta y se puso los pantalones. Pero seguía sin camisa. Después de secarme, me levanté de la mesa y me abracé a él.

— Me apetece mucho ir a la playa, Ainara –dijo él de repente.

— Sí, vámonos. Me apetece mucho a mí también, mi trípode – dije yo espontáneamente.

El subconsciente me había traicionado, pero era lo que pensaba en aquel momento.

Eros me miró extrañado y se sonrió a los pocos segundos.

Preparamos unos bocadillos y nos fuimos para la playa. Vi que tardábamos en aparcar.

Había sitio de sobra antes de las dunas, pero Eros parecía estar buscando un lugar en concreto, un lugar que conocía desde hacía mucho tiempo según me dijo después. Al cabo de media hora, detuvo el

coche.

— Aquí no nos molestará nadie, ¿sabes?

— Esto significa que no es la primera vez que vienes aquí con alguna chica ¿verdad?

— Venía aquí de pequeño y también cuando era un adolescente. Era un lugar donde se juntaban muchas pandillas a beber cerveza y a escuchar música. Qué tiempos aquellos.

— ¿Es que no te gustan estos tiempos, tonto?

— Ainara, yo sé lo que me digo.

Habíamos llegado a un llano que estaba a la sombra de varios árboles. Se estaba fresco allí y se escuchaba el mar. Me encantó ese sitio.

Nos sentamos en el suelo que estaba cubierto de broza, no de arena, y saqué el mantel.

Eros sacó las cervezas de la nevera y también una

botella de vino. Sentía que la vida me sonreía. Estaba mucho más relajada y no era para menos, después de aquel polvazo en plan la película “El cartero siempre llama dos veces”, donde el actor Jack Nicholson lo hacía salvajemente con la actriz Jessica Lange en una mesa.

Comimos. Yo estaba hambrienta después de las energías que había gastado. No dejábamos de mirarnos con complicidad. Ya me estaba temiendo yo que aquello no iba a terminar con una siesta. No, ni mucho menos. Hubo un silencio entre los dos cuando

recogimos los restos y los desperdicios. Yo me acerqué a él y me acuné en su pecho.

Su espalda estaba apoyada en el tronco de un pino hermoso y alto. Yo rompí aquel silencio mágico por un momento mucho mejor.

— Quiero pedirte disculpas, Eros.

— ¿Por qué? No tienes nada de lo que disculparte, a no ser que hayas hecho algo a mis espaldas y que no me haya enterado.

— No, si es por lo de la camiseta. No sabía qué ponía eso. Estoy avergonzada— musité con voz temblorosa, haciendo de niña buena, pero mi cabeza estaba en otra cosa.

— Ha sido una tontería. Me he reído mucho – repuso él acariciándome la espalda.

— ¿Cómo sabías lo que ponía? ¿Es que sabes inglés?

— Sí, un poco. Lo aprendí de pequeño. Estuve varios veranos en Inglaterra. Mis padres querían de mí que fuera un hombre de provecho – rió cuando me comentó aquello.

— Eres una caja de sorpresas, Eros. Seguro que has practicado tu inglés con más de una americana, ¿verdad? –dije yo con ironía para contraatacar.

— No, no te creas. Ya te digo que no soy tan ligón como parece, Ainara.

— No me lo creo. Después de lo que me has demostrado hoy, tú has tenido que hincharte a follar – añadí yo con un tono pícaro.

— Qué bruta eres. Qué va. Eres una exagerada –se sonrojó un poco, pero yo sabía que estaba mintiendo.

— ¿Y conoces el francés, Eros? – pregunté con cara de mosquita muerta.

— No, no lo conozco. No me ha dado tiempo a más – dijo él ingenuamente.

— Pues yo sí lo conozco muy bien.

— ¿No me digas, Ainara?

— Como lo oyes.

Fue lo último que dije antes de lanzarme a su

bragueta para demostrarle que yo también conocía otras lenguas.

Eros flipó en colores. Pude escuchar cómo gemía mientras yo me empleaba a fondo con su polla que no era nada fácil.

A los pocos minutos, él se hizo a un lado y me levantó en peso. Me puso entre sus piernas. Yo, con mucha habilidad, retiré la goma del tanga a un lado y pude notar cómo aquel miembro entraba en mí. Esta vez fue suavemente. Yo estaba a la altura de sus ojos. Y comencé a mover mis caderas muy despacio. Apoyándome en mis rodillas me elevaba un poco para luego dejarme caer suave, sintiendo cada centímetro de aquel pene. Él no dejaba de acariciarme las nalgas mientras me besaba en los labios. Me quité la camiseta y le puse mis pechos delante de su boca. El comenzó a lamerlos como un autómatas. Cada vez que su lengua rozaba mis pezones y sorbía de ellos provocaba en mí un placer desmedido.

No pudimos aguantarlo más. Yo me corrí enseguida y él lo hizo al mismo tiempo. Noté su torrente caliente dentro de mí. Gemí sin cesar hasta pasado un buen rato. Él jadeaba.

Nos faltaba el aire. De nuevo, había sido un polvo maravilloso.

Menos mal que estábamos solos. Menos mal que no éramos famosos, de esos que persiguen los paparazzi para sacarles fotos de lo hacen y luego publicarlas en las revistas sin su consentimiento.

Estuvimos descansando sobre una toalla mientras la tarde pasaba muy rápida. Eros me había conquistado y yo sé que a él le había gustado mi cuerpo. No quería enamorarme.

No quería caer en el sentimentalismo.

Habíamos tenido sexo y muy bueno. Y lo repetiríamos ese fin de semana. Parecía que no existía un mañana para nosotros. Podía describir

que todo fue romántico durante aquellos dos días, pero no lo haré. Aquel fin de semana junto a Eros me gustó porque el tío sabía cómo darme placer, sabía cómo ponerme a cien y hacer que tuviera un orgasmo tras otro sin que yo pudiese pararlo.



Capítulo 7

Lo peor vino el lunes. No es la primera vez que escribo que odio los lunes. Tenía que regresar a la maldita clínica y no me hacía ni pizca de gracia. Allí me encontraría con las caras de siempre, por la mala leche de siempre, con los mismos problemas de siempre. He de reconocer que sí que había algo diferente en mi manera de encarar aquella semana. Su nombre era ellos. El fin de semana haya sido inolvidable. Tenía agujetas de cintura para abajo. Parecía que haya estado todo el fin de semana montando a caballo. No podía

caminar. Pero disimulé como pude. Caminaba despacio y con las piernas un poco abiertas. Me ardía todo y, cuando digo todo, no solo me refiero a mi bollito sino también mi pecho. Todavía tenía las marcas de sus labios en mis tetas y en mis pezones.

Eros me encantaba porque, en cuanto a sexo se refiere, el tío era un auténtico animal, una bestia parda que me dejaba sin aliento. Sus orgasmos y los míos excitaban y provocaban los siguientes. Dios, cómo me ponía con solo pensar en cada uno de esos polvos que habíamos tenido en casa. No salimos el domingo en todo el día. No paramos de follar y de beber. De alguna forma, estaba desahogándome.

Mi vida había sido una mierda hasta ahora y había sido Eros el que lo había cambiado todo. Aquel propósito de aquella atracción que sentíamos el uno por el otro hacía que nuestros cuerpos también se entenderán en la cama. Bueno, en la cama, en la mesa del salón, que era el sofá y en la playa. No sé

si me había enamorado o estaba obsesionada con él, más que con él, con su cuerpo y con aquella forma de tratarme cuando hacíamos el amor.

No me pude imaginar que sean hombres así, de ese tipo, tan feroces y salvajes y al mismo tiempo tan sensibles y delicados cuando ellos lo consideraban. Me gustaba aquella mezcla. Me gustaba ese contraste. Ahora, me encontraba sentada de mi mesa a la espera de que el calvo y la momia entran por la puerta. Enseguida que los vieras ya me iba a poner de mala leche. Pero también tenía que ser madura para este tipo de cosas. Era mi trabajo y tenía que respetarlo. Ese maldito trabajo era el que me hacía llegar a fin de mes y el que hacía que yo tuviera un plato de comida todos los días encima de mi mesa y que me pudiera comprar lencería de mis chinos favoritos.

Intenté que todo saliera bien el lunes. Ya no tenía telarañas y mi Eros que ahora estaría trabajando de guardia de seguridad ocupaba todos mis pensamientos. Qué pena que no estuviésemos

juntos hasta el fin de semana. Cuando lo pillara, le iba a enseñar el francés, el griego, el alemán y el polaco si hacía falta.

Intentaba pensar en él, punto, pero todo se vino abajo cuando apareció por la puerta uno de mis jefes. En esta ocasión, se trataba de la bruja. Llevaba la misma cara de mala hostia de siempre, como si el consolador se le hubiese quedado sin pilas. Yo le dije buenos días con un tono amable y ella ni me contestó. Me dieron ganas de soltarle automáticamente que se fuese a la mierda. Pero me contuve. Tenía la sensación de que esta tipa me estaba poniendo a prueba todos los días. Yo creo que en el fondo estaba esperando a que cualquier día reventara para que yo desapareciera de su vista. Pues se iba a quedar con las ganas. Iba a hacer todo lo posible por permanecer ahí con tal de joderla solamente. Me ponía de muy mala leche, debo reconocerlo y no me cansaré de escribirlo una y otra vez.

A los pocos minutos, apareció mi otro jefe. Venía

silbando, muy simpático punto este sí que me saludó y me sonrió. Yo hice lo mismo, aunque en el fondo pensaba lo mismo que pensaba de la otra, empecé a ordenar los ficheros. En breve, comenzarían a llegar los pacientes. De nuevo, escucharía llantos de niños, quejas de los pacientes y toda clase de historias que al final me iban quemando cada día un poco más. Cuando más aburrida estaba haciendo mi trabajo, decidí un mensaje de Eros.

“Hoy me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti”.

Me puso el muy cursi. Este se estaba riendo de mí, en toda mi cara. Le contesté rápidamente y fui fulminante.

“Déjate de mariconadas. Estoy deseando repetirlo, ¿sabes?”.

Él me contestó también con rapidez.

“No sé a qué te refieres”.

A partir de aquí empezó un río de mensajes que me ponían cada vez más cachonda.

“Ya sabes a lo que me refiero. Necesito más polvos mágicos de los tuyos”.

“No seas maleducada y grosera, Ainara. Todo a su tiempo. A mí también me gusta el romanticismo”.

“Un huevo, Eros, ya veo el romanticismo que le pones a que me comas las tetas.

Me has dejado marcas por todos sitios. Tengo que ir con un jersey de cuello alto, ¿sabes?”

“Perdóname. Es el desenfreno y la pasión”.

“Una mierda, Eros. Lo que pasa es que estabas a dos velas como yo y te has puesto

morado, así que deja de ser tan cursi”.

“Estoy deseando desnudarte. ¿Te vale esto, Ainara?”

“Sí, mucho mejor. Esa frase me gusta más. Deseando que sea viernes”.

“Cogeré fuerzas, Ainara, para ese fin de semana”.

“Sí, aliméntate bien, que te voy a enseñar todos los idiomas”.

Cuando mejor me lo estaba pasando mandando mensajes a Eros, apareció la que tenía que aparecer, la aguafiestas, la momia, la jefa que tanto tiempo llevaba obviando. Me pilló con las manos en la masa. Se dio cuenta enseguida de que estaba mandando mensajes en vez de atender al teléfono y

ordenar los informes de los pacientes. Vi como su rostro se ponía de todos los colores hasta acabar con un rojo morado que mostraba claramente el enfado que tenía encima.

— No estás haciendo tu trabajo, Ainara. Es una falta muy grave enviar mensajes privados con tu móvil en horas de trabajo.

— Sí, perdone. No me había dado cuenta – dije con voz de niña buena.

— ¿Con quién estabas hablando? Se te ve muy feliz – podía oler el azufre de su aliento.

— Es una amiga. Pero no pasa nada. Ya lo guardo y vuelvo a pedir disculpas por este error – dije yo aguantándome las ganas de decirle cuatro cosas a la cara.

— Nada de eso. Ainara, entrégame el móvil. Podías estar usando el móvil para grabarme o para grabar a mi compañero. Entrégamelo para que

compruebe que no hay nada contra nuestra integridad.

— No puedo hacer eso, Cinthia —dije yo tajante y poniendo cara de pocos amigos.

De repente, aquella cerda se había puesto en un plan muy borde. Se creía que era la directora de un instituto y que yo era una alumna a la que podías requisar el móvil cuando le diese la gana. No estaba dispuesta a entregárselo porque allí estaban los mensajes que yo estaba manteniendo con Eros y no tenía ninguna necesidad de que esta tipa leyera lo que los dos estábamos comentando. Ella estaba muerta de celos. Y había roto ese momento de intimidad que él y yo estábamos disfrutando. Se había olido a la legua que yo era una mujer diferente, que era una mujer feliz. Cinthia no lo era, pese a su puesto de trabajo, sus estudios y esos tratamientos de belleza que se aplicaba para parecer eternamente joven.

— A mí no me tutees, niñaata, ¿me oyes? Dame el

móvil inmediatamente. Su tono de voz se elevó enérgicamente.

— No te lo voy a dar. Haz el favor de dejarme en paz, maldita bruja —yo le contesté de muy mala manera.

Aquella tipa había sacado lo peor de mí. No podía creerme ni yo lo que había salido por mi boca.

Yo también sabía que era muy bruta, pero también sabía dónde estaban los límites y nunca me había comportado así delante de Cinthia, a la que tenía unas ganas tremendas de coger por los pelos. Yo no tenía ni idea de cómo iba a acabar aquello. Las dos estábamos muy nerviosas. Creo que tratábamos de medir nuestras fuerzas. Su mirada era tan asesina como la mía.

Sus ojos de felina miraban directamente a los míos. Yo no estaba dispuesta a entregarle el móvil. Los pacientes estaban a punto de llegar y las dos íbamos a montar el espectáculo del siglo.

— ¡¡Dame el móvil, zorra!! – gritó ella ya desesperada por mi actitud.

— ¡¡Retira lo que has dicho inmediatamente!! ¡¡No te voy a consentir que me insultes de esa manera, petarda!! ¿Te crees que por ser mi jefe me puedes tratar así? – mi voz sonó firme.

— ¡¡Calla de una vez y obedece!! – gritó de nuevo.

— No pienso darte nada. ¡¡Son asuntos privados!!

— ¡¡No son asuntos privados si lo estás usando en tus horas de trabajo, Ainara!!

En ese momento, salió el calvo alarmado y pidiendo explicaciones del show que las dos estábamos montando.

Tocaron a la puerta. Un primer paciente llegaba ya a la consulta y había que atenderlo.

Salvada por la campana.

— Esto no va a quedar así, Ainara. ¡¡Voy a hacer todo lo posible para que tu vida en esta clínica sea un auténtico infierno!! – me amenazó con fuego en sus ojos.

— No me jodas. Ya es un infierno. Lleva siéndolo desde hace años ... ¡¡Desde hace años!! – grité con desesperación.

Aquellos no eran los gritos de placer que mi Eros me hacía emitir a causa de su enorme polla. No, aquellos eran los gritos de alguien que está amargado y así me sentía yo, frustrada, aburrída de la monotonía y humillada por la tiranía de Cinthia.

El calvo estaba perplejo. Estaba paralizado. No se oía nada de todo aquello. Con ocuparse de su peluquín ya tenía bastante aquel cabrón. Ahora se daba cuenta de que aquella clínica no era “La casa de la pradera”.

Antes de meterse en su despacho, Cinthia me amenazó de nuevo.

— Aunque me cueste un huevo despedirte, haré todo lo que esté en mis manos para que te vayas lo antes posible. ¡¡Lo conseguiré!! Tengo una sobrina que está en paro. Le vendrá muy bien ocupar tu lugar – dijo ella con lengua viperina.

Yo opté por callarme, pero esas amenazas estaban hundiéndome en la miseria. Y

estábamos a lunes. A lunes todavía. Con lo bien follada que yo venía aquel día, con los polvazos de matrícula de honor que yo había echado con Eros durante el fin de semana, con el brillo de cutis que yo traía gracias al sexo que había tenido con mi chico ...

ahora esta tía me estaba jodiendo, fastidiándome y acabando con esa alegría que me tenía que durar toda la semana.

Cuando me dijo lo de la sobrina, me dieron ganas de contestarle que ella tenía que contratar a su sobrina porque no tenía hijos a los que colocar en

aquella clínica. Y no tenía hijos porque nadie se la había querido follar. Por amargada, por bruja y por

aburrida.

El calvo de mi jefe me miró y sonrió. Quería quitarle hierro a lo que allí había sucedido. Yo me guardé el móvil en el bolsillo y bajé la cabeza. Abrí la puerta y el primer paciente entró con el rostro hinchado. Parecía que le había picado una colmena de abejas. Pobre. Infección en una muela.

Ya no volví a mirar el móvil. Ya no iba a saber si Eros me había escrito más mensajes.

Esperaría a la hora del desayuno. Salí a desayunar y Luis me vio con una cara tristonera.

— Ainarra, ¿sigues sin follarte a tu amigo? — preguntó con la intención de provocarme.

— No, follar sí que he follado. Ha sido la bruja de mi jefa la que ya me ha amargado el lunes, Luis —

dije yo un tanto dolida, poniendo los codos en la barra.

— No me jodas. ¿Te has tirado a tu amiguito? — preguntó aquella loca toda emocionada.

— Sí y ha sido fantástico. No puedo engañarte.

— Cuenta, cuenta. ¿Cómo la tiene? — preguntó el a la altura de mis ojos con su habitual voz de pito.

El señor de siempre, que se tomaba el café a mi lado, volvió a atragantarse con su desayuno. Desde luego tenía que ser masoquista para acudir todas las mañanas a aquel bar. Las conversaciones que manteníamos Luis y yo no eran aptas para personas con problemas cardíacos.

— Pero, ¡qué me dices! — se quedó boquiabierto cuando le dije a Luis que Eros la tenía como una manguera de bomberos.

— Sí, así es. Tengo unas agujetas que lo flipas — dije yo muy alegre.

— Pues, hija, disfrútalo y no lo dejes escapar. Que talentos así no se encuentran todos los días, ¿o no es verdad, señor?

El cliente que estaba a mi lado lo miró a los ojos, sacó unas monedas de su bolsillo, las dejó encima de la barra y salió por patas. Normal.

— Bueno, pues tú no te amargues, hija. Piensa en la manguera de tu bombero y verás cómo se te pasa todo – dijo él con los ojos llenos de luz.

— Ya, pero hasta el viernes no vuelvo a verlo y estoy ardiendo ya por los cuatro costados – repuse con ironía.

— Anda, anda. A ver si me lo presentas.

— Sí, para que te lo ligués. Pues no eres tú lista ni nada – le interrumpí con sorna.

— Hija, qué malpensada eres. No me jodas. Yo no le haría eso a alguien como tú –dijo él con aire tontín.

— Por la hostia que te metería, ¿verdad?

— Hala, qué bruta eres. Anda, llévale los cafés a tus jefes y olvida los malos rollos.

No dejes de pensar en tu bombero.

Salí de aquel bar con una sonrisa en los labios. Muchas veces me enfadaba con Luis, pero tenía que reconocer que la mayor parte de las ocasiones su sentido del humor me animaba, me animaba con la marcha del día a día. En algo tenía razón, pensaría en mi chico, pues era lo que verdaderamente hacía que mi vida ahora tuviera otro color.

Cuando llegué a la clínica, todo estaba en calma. Dejé los cafés en la mesa de mi jefe e hice todo lo posible por no cruzármelos. No estaba dispuesta a intercambiar ninguna palabra con ellos, salvo las justas y necesarias. El martes, el miércoles y el jueves transcurrieron igual. Cada vez que entraba en la clínica se podía cortar la tensión con un

cuchillo. Mi jefa y yo no nos dirigimos la palabra. El calvo intentaba hacer todo lo posible para que la convivencia fuese lo más civilizada posible. No sé cuánto aguantaría aquello. Tenía la sensación de que en cualquier momento mi jefa o yo habríamos de explotar.

A lo largo de aquella semana, Eros me estuvo mandando mensajes a mi teléfono.

Procuraba no leerlos en las horas de trabajo. Aprovechaba mis salidas en la hora del desayuno para leerlos una y otra vez. Luis se reía al ver la cara de boba que yo ponía con aquellos mensajes. Más de una vez intentó espiarme y averiguar lo que mi chico me había escrito. Pero yo lo miraba con mi cara de asesina en serie y el, mosqueado, se marchaba de mi lado, no sin antes gruñirme con un perro viejo.

Estaba ansiosa. Por fin era viernes. La mañana había pasado lenta. Había recibido algún que otro mensaje de Eros. Yo le seguía respondiendo de la

misma forma, a lo bestia. Tengo que confesar que, como siempre, yo ya me había levantado húmeda con

sólo pensar en aquel encuentro. Tenía ganas de quedarme todo el fin de semana encerrada con aquel animal salvaje. Me llevaría bragas de sobra, condones XXX y toallas, porque con las toallitas perfumadas no teníamos ni para empezar.

Cuando vi a Cinthia aparecer aquel día por la clínica, esbozar una sonrisa maligna.

Pensaba en la suerte que yo tenía al tener a Eros a mi lado mientras que aquella bruja no tenía a nadie. Seguro que tenía una colección de consoladores que no le cabían en el armario.

Luis me había visto muy feliz aquella mañana del viernes. El incidente del móvil se me había olvidado ya, aunque mi jefa y yo estábamos de uñas. Ya llegaría el lunes para amargarme de nuevo la existencia. Salí pitando del trabajo

cuando el calvo dejó la clínica y apagó las luces. Cinthia se había ido antes sin decir adiós. Mejor para mí.

Eros fue puntual. No faltó a la cita. Estaba al mediodía en la puerta de su casa. Cuando bajé, no hizo otra cosa que pegarle un morreo que casi lo asfixio allí mismo. La gente se paró y algunos nos silbaron. Otros nos insultaron. Me apetecía hacerlo en público, dejarle claro a todo el mundo que el cielo me había enviado a un ángel solo para mí.

Qué cursi me ha quedado esta última frase, pero así lo sentía.

El tío se puso palote enseguida que le metí la lengua en la boca. Yo estaba desatada y aún no habíamos llegado a su apartamento. La mesa de su comedor iba a arder enseguida que entrásemos por la puerta. Yo no sé ni para que me había puesto bragas.

Noté su erección cuando subimos al coche. Se confundía con el cambio de marchas.

No nos dijimos nada. Nos devorábamos con los ojos. No tardamos nada en llegar. En el ascensor, empezó la primera escena de aquella película de adultos que iba a ser todo ese largo fin de semana junto a él.

Comenzamos a comernos la boca al principio. Pero él fue directamente a mis tetas con sus manos poderosas y tensas. Él también estaba desatado. Él también quería su parte.

Abrió la puerta del apartamento y, cuando yo enfilaba la mesa para que él empezara con su taladro, vi que él me llevaba al sofá y me pidió que esperase un momento.

— Tío, ¿cómo te pasas? ¿Ahora te vas a poner a hablar? ¿Con el calentón que llevo encima? — pregunté yo jadeando como una perra en celo.

— Tengo un regalo para ti y quiero dártelo – dijo él en plan románticón.

— ¡Luego me lo das! Ahora quiero otra cosa – intervine yo casi enfadada rompiendo

aquel momento de magia que él había buscado.

Me hizo caso y hundió de nuevo su rostro entre mis tetas. Me había puesto un sujetador con dos tallas menos para que mis pechos parecieran dos quesos manchegos. Aún tenía marcas de los chupetones que me había dado el último fin de semana.

— ¡Qué globos tienes, Ainara! – jadeaba mientras se emocionaba con el banquete.

— Son todas para ti – repuse yo súper excitada.

— Voy a tener que ponerme a dieta contigo –dijo él con sorna. – Es una comilona tras otra.

— No te preocupes por eso, Eros. Luego viene el ejercicio y ahí perderás toda la grasa

– dije yo riéndome.

Estas eran algunas de las frases que nos soltábamos mientras nos pegábamos el lote. Yo pensaba que esta excitación y estas fiebres que yo sentía bajo mi piel eran cosa de los quince y dieciséis años, pero no.

Cuando mejor estábamos, cuando mejor lo estábamos pasando, pasó algo inimaginable.

Ni en las películas que yo había visto sucede algo así.

La policía tiró la puerta abajo. Entraron varios agentes con chalecos antibalas y cascos. Nos apuntaron con sus armas. Yo creí que aquello formaba parte de una pesadilla de la que todavía no había despertado. Me coloqué todo como pude y rápidamente, menos mal que no me había desnudado todavía. Estaba muy asustada. Lo que me mosqueó fue que Eros no se puso nervioso. Estaba relajado, como si de alguna manera aquello

no le sorprendiera. Yo estaba de ataque cardiaco.

— ¡¡Dios mío, Eros!! ¿Qué sucede aquí? –
pregunté yo alarmada pegándome a él.

— No pasa nada. Habrá sido una equivocación. Ya lo verás. No te asustes, ¿me oyes?

— ¿Cómo no voy a asustarme con todo esto? ¿Qué está pasando? ¿Sabes algo? –

pregunté con voz temblorosa.

— Respira y estate en silencio – me ordenó con un tono de voz tenso.

Yo seguía aterrorizada, pesa los consejos de Eros. De pronto, un policía, el más alto, se acercó a mí y me dijo que me apartara. Mi chico me miró y asintió con la cabeza,

indicándome que obedeciera. Parecía que lo buscaban a él. Aunque Eros me había dicho que se había equivocado, la policía estaba atenta a cada

uno de los movimientos de mi amante. Cuando el policía me cogió de la muñeca con fuerza, se acercó a mí y me susurró en el oído que saliera de allí inmediatamente. Yo no sabía cómo interpretar aquellas palabras. No quería abandonar a Eros que estaba rodeado por un sinfín de armas que no dejaban de apuntarlo.

— No te preocupes, Ainara. Estoy bien. Todo esto debe ser un malentendido – dijo él con un tono más sereno.

— No le hagan daño – supliqué al policía que me miró serio, muy serio.

— Espérame en el bar de abajo. Cuando lo aclare todo, estaré contigo, ¿me oyes? –

dijo eros secamente.

— ¡Cállate de una vez si no quieres tener más problemas de los que tienes! – gritó un agente que estaba detrás de mí trasteando por allí.

Le hice caso y salí. El descenso por el ascensor se me hizo eterno. Aquello parecía Corrupción en Miami. Había policías en la entrada del edificio y dos furgonetas blindadas frente al bar en el que yo me refugié.

Pedí una tila. El dueño era un gordo grasiento que llevaba un palillo en la boca que no paraba de bailar entre sus dientes.

— ¿Qué pasa ahí afuera? —preguntó.

— No tengo ni idea. Yo vengo de la biblioteca — se me ocurrió decir de repente.

Yo no había estado en una biblioteca en mi vida, pero no sé por qué fue lo primero que se me ocurrió. Los nervios estaban consumiéndome.

— Si vienes de la biblioteca, ¿dónde están tus libros? —preguntó el tío con un tono seco.

— Es que los devolví. Por eso, he ido a la biblioteca.

¿Por qué aquel tipo asqueroso me estaba preguntando tanto? ¿Hacía lo mismo con todos sus clientes? Estaba hasta los cojones de todo.

Después de una semana llevándome a matar con Cinthia y después de que la policía interrumpiera la cita que yo más deseaba, me faltaba ahora que este tío me estuviera tocando el coño. Perdón,

por la expresión, pero es que no se me ocurre otra forma de expresarlo.

— No sé, no sé. ¿Tú no tendrás nada que ver con lo que está sucediendo ahí afuera? —

volvió a preguntarme.

No le contesté. El tío estaba más que mosqueado. Cogí mi tila que ardía como lava de volcán y me senté en una mesa junto a la ventana desde donde se podía ver todo.

Fueron tan solo diez minutos, pero aquellos diez minutos me parecieron una eternidad.

Ví que la policía salía del portal y que se subía a las furgonetas. Respiré aliviada cuando comprobé que Eros no iba con ellos. Eso era buena señal. Me levanté rápidamente para ir a buscarlo. Casi se me olvida pagar la maldita tila. Solté unas monedas sobre la barra que aquel gordo cogió con un solo zarpazo.

Cuando salía por el bar, me tropecé con Eros. Lo abracé con fuerza y me puse a llorar como una niña. Mi rostro estaba pegado a su pecho. Podía escuchar los latidos de su corazón, fuertes, llenos de vida y también acelerados.

Se notaba que no lo había pasado bien allí arriba.

— ¿Qué ha pasado Eros? ¿Qué significa todo esto?
— pregunté con ansiedad.

— Nada. Ya te dije que se han equivocado. Buscaban a otro. Pero les han dado la dirección equivocada. Además, yo soy de su gremio – dijo con intención de convencerme.

— Pero parecía que te conocían. Parecía que no era la primera vez que acudían a tu casa, Eros.

— Debes calmarte, Ainara. Estás para que te dé un ataque. Nos vamos a la playa. A pasear y a respirar. Lo necesitamos – dijo él con toda la naturalidad del mundo, como si lo que había sucedido, no le hubiese afectado para nada.

— Está bien, haremos eso. Me vendrá bien dar un paseo – dije yo hundida.

Montamos en su coche y salimos a la carretera en dirección a la playa. Durante el trayecto, no hablamos nada. Parecíamos dos fantasmas. Él puso unas baladas, pero yo no tenía ganas de escuchar aquella música. Todavía estaba en shock, maldita sea.

Llegamos a la playa. No había mucha gente. Yo no me separaba de su lado. Las olas golpeaban en la orilla. El viento azotaba nuestras caras. No hacía un buen día de playa.

Pero el sol calentaba mi piel y esa sensación era agradable.

Eros se detuvo. Me miró a los ojos y me besó. Yo le respondí con otro beso tierno. Mi corazón seguía con la taquicardia. Algo había en Eros que empezaba a inquietarme.

Pero pensé luego que todo había sido un malentendido. Un malentendido y nada más.



Capítulo 8

Aquel fin de semana no empezó como yo había esperado y tampoco acabó de la misma manera que el anterior. El hecho de que irrumpiera la policía en casa de Eros me dejó muy tocada. No tenía ganas de nada, ni de comer, ni de bailar, ni de tener sexo. Mi libido se esfumó y creo que a Eros le pasó lo mismo.

¿No tuvimos sexo aquel fin de semana? Sí, pero no fue igual. Nos mirábamos con temor, con algo de recelo. Yo intuía por su forma de hablarme y de tocarme que algo no iba bien. Quizá eran tan solo imaginaciones mías como consecuencia del susto que me había llevado. Pero estaba claro que a mí me había afectado hasta tal punto que me fue imposible disfrutar a tope de aquel joven que me tenía hechizada. Creo que yo le transmití esa inseguridad a él y, por esa razón, estuvo menos impetuoso que el fin de semana anterior.

Nos despedimos el domingo de una forma fría. Quedamos para vernos el fin de semana siguiente, pero el tono de su voz no era el mismo que el de los otros días. Su tono era apagado y triste y, aunque intentaba disimularlo con su maravillosa sonrisa, yo no tenía ni un pelo de tonta y sabía que él no estaba bien.

No sé si estaba tan afectado como yo, pero algo le pasaba. Me sentí culpable porque quizá todo había sido culpa mía por haberle dado demasiada

importancia a aquella irrupción de la policía, cuando todo parecía formar parte de un malentendido.

El domingo por la noche me encerré en mi dormitorio. Me encontraba rara. No cené.

No paraba de darle vueltas a la cabeza. En eso no hay quien me gane. No era la mujer feliz de la semana anterior. Me puse a pensar en el día siguiente. Lunes. Otra vez lunes.

Otra vez a enfrentarme con Cinthia, a convivir con aquella bruja en el trabajo que, en cualquier momento, me despediría.

Mi vida se estaba yendo a la mierda. De repente, me llegó un mensaje a mi móvil. Era Eros:

“Ainara, gracias por todo lo que me has dado estos días”.

No me gustó el tono de aquel mensaje. Sonaba a despedida o a algo parecido. Aquel mensaje no

tenía nada que ver con otros que me había enviado donde se mostraba eufórico e ilusionado, mensajes en los que me provocaba para que yo le escribiese cosas atrevidas y morbosas. Yo le contesté con otro mensaje rápidamente. Por lo menos, Eros me hizo sonreír antes de acostarme.

“Gracias a ti por hacerme feliz los fines de semana”.

Ya no contestó. Eros ya no contestó. Me puse un pijama cómodo y me acosté en la cama. Encendí el televisor y me puse un documental sobre asesinos en serie. No sé por qué, pero me acordé de Cinthia enseguida. Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, sonó el móvil. Era tarde y, en aquel momento, no podía ser otra persona que Eros. ¿Qué querría? Cogí el móvil entre ilusionada y atemorizada.

Sin embargo, me equivoqué. No era Eros. Era mi ex amiga Andrea. Me dieron ganas de colgarle el teléfono inmediatamente. Pero me contuve. Si

Andrea me llamaba, era porque sucedía algo grave. En el fondo, me alegró escuchar su voz.

— ¿Qué quieres? – dije secamente.

— Quiero hablar contigo. Necesito hablar contigo, Ainara –contestó ella con voz triste.

— No voy a hablar contigo. Te pasaste conmigo tres pueblos en aquella fiesta. Me dejaste tirada – dije yo resentida.

— No me jodas, Ainara. Aquello fue una chiquillada. Hemos hecho cosas peores. Te he pedido disculpas mil veces – la voz de Andrea estaba llena de congoja y de tristeza.

— A mí no me parece una chiquillada, ¿sabes?

— Mira, me equivoqué. ¿Tú no te equivocas? No sé cuántas veces te he dicho que lo hice mal. Lo reconozco. Te dejé sola en la fiesta.

— Me emborrachaste para reírte de mí y luego te

vas con aquel tipo. Me dejaste tirada.

Con gente que no conocía de nada. Hubo varios tíos que me metieron mano. Casi no

salvo viva de allí. Ni me llamaste para preguntar cómo había escapado de aquel agujero – dije yo dolida.

— Bueno, pero al final no pasó nada. Ya te dije que no volvería a pasar.

— No volverá a pasar, claro que no. No volverá a pasar porque no volveremos a salir juntas, ¿lo entiendes?

— No puedes hacerme eso, Ainara. Te echo mucho de menos –dijo ella llorando.

Se hizo un silencio entre nosotras. Yo me vine abajo cuando escuché sus sollozos.

Recordé la promesa que le había hecho a Eros de volver a hablar con mi amiga. No tenía derecho a

hacer que ella sufriera. Y, en el fondo, no le faltaba razón. Aquello fue una tontería y la cosa no fue tan grave. Pude coger un taxi y salir indemne de aquella fiesta.

— Andrea, no llores, por favor. Me faltaban tus lágrimas ahora.

— ¿Qué te ha pasado? – preguntó más animada.

— Nada. Ya te contaré. Es muy largo para hablarlo por teléfono.

— ¿Eso significa que volvemos a ser amigas? – preguntó con un tono de voz parecido al de una niña pequeña.

— Sí, tonta. Volvemos a ser amigas. Pero, si me dejas otra vez tirada, te juro que no te lo perdono – repuse yo como si fuese su madre.

— ¿Quedamos mañana por la tarde? Cuando salgas del trabajo.

— Sí, perfecto. Me vendrá muy bien hablar contigo después de estar con la bruja – dije yo resignada.

— ¿Qué bruja? ¿De qué hablas?

— De mi jefa. De Cinthia. Nos hemos dicho las cosas a la cara y ahora nos odiamos más que nunca. Creo que, en cualquier momento, me tiran del trabajo, Andrea.

— Joder, tía, qué mal rollo, ¿no?

Seguimos hablando un buen rato. Yo comencé a reír y ella también. Recuperaba a una amiga y eso era muy importante para mí. Le dije que había conocido a alguien muy especial y ella se puso loca de contenta. Pero no le adelanté nada. Esperaría a verla en persona para contarle todo. El fin de semana no iba a acabar tan mal como yo pensaba.

Durante unos instantes me olvidé de Eros y de todo

aquel incidente con la policía.

Andrea hizo que me riera a carcajadas con algunos chismorreos que había escuchado.

Tenía muchas ganas de verla y estaba deseando que llegara el lunes para que eso sucediera.

Volvería a tomar un café con la que había sido una de mis mejores amigas. Menos mal que ella me llamó por teléfono. Porque yo daba por terminada aquella amistad. Si soy sincera, lo de aquella fiesta tampoco había sido tan grave para joder una relación como aquella.

Andrea y yo habíamos sido amigas desde la guardería. Además, habíamos sido inseparables. Éramos felices juntas y las dos habíamos llevado la misma trayectoria académica. Un auténtico desastre. Ahora estaba en paro, pero ella había estado trabajando de camarera, de peluquera, de dependienta. A la pobre no le habían hecho fija nunca y estaba bastante frustrada y deprimida por

eso. A veces había tenido que ayudarla económicamente para que pudiera pagar el alquiler de su pisito.

Cerré los ojos y me dormí. Quise pensar en Eros, pero el morbo que yo había experimentado otras veces al recrear su cuerpo desnudo en mi mente no apareció.

Mañana sería otro día y, una vez que me calmara y hablara con Andrea, vería las cosas de otra forma y de nuevo sentiría que Eros era la mejor cura a los males que me aquejaban.

Cuando llegué al trabajo, no había nadie. Fui la primera en llegar, como siempre, y, después de ordenar todo y poner a punto las máquinas y los utensilios de la clínica, miré mi móvil. Sabía que, si mi jefa me pillaba, me mataría. Pero me daba igual.

Aquella guerra yo la tenía perdida. Pero lo que tenía claro es que la bruja no me iba a acobardar.

Misteriosamente, Eros todavía no me había dado los buenos días. Al principio, no me preocupé. Pero, cuando salí a la hora del desayuno, comprobé que seguía sin escribirme, así que fui yo la que se animó y le mandó un mensaje de buenos días.

“Eros, ¿cómo estás? ¿Tienes ganas de verme?”

No contestaba. En el bar, Luis se dio cuenta de que yo estaba un tanto hundida.

— ¿Qué te pasa? ¿Problemas en el trabajo o es que no te has tirado a tu bombero?

— No tengo ganas de hablar, Luis. En serio, déjalo. Ponme un café y media tostada, por favor.

— Madre mía, me dejas tocada. Yo esperaba que vinieras esta mañana radiante, como si estuvieses flotando, pero lo que me encuentro aquí delante es a una tía hecha mierda.

Bueno, no te voy a molestar, pero sabes que aquí

tienes a una amiga para lo que necesites, ¿sabes? – dijo Luis mirándome fijamente a los ojos.

Gracias, sé que puedo contar contigo.

El hombre que desayunaba todos los días en la barra no se atragantó esta vez con las tostadas. Luis y yo no montamos aquel escándalo de otras mañanas. Noté que el hombre estaba un poco defraudado. Sí, estaba claro que aquel tipo era masoquista y buscaba vernos actuar a Luis y a mí, pero yo, aquel lunes, no estaba por la labor de cabrearme ni de meterme con nadie.

Me resultaba muy extraño que Eros no hubiese contestado al mensaje. Recogí los cafés para el calvo y para la bruja, y me dirigí a la clínica. La mañana transcurrió tranquila.

Menos mal. Pude observar que Cinthia me dirigía la mirada en ocasiones. Era una mirada fulminante. Si pudiera haberme tirado un rayo láser, juro que lo habría hecho.

Por la tarde, ella ya no fue a trabajar, algo que me alivió, y el calvo me dijo que me fuera antes, puesto que no había citas pendientes para última hora.

Llamé a Andrea y quedamos en una cafetería del centro. Eros me había respondido a mi mensaje, pero lo había hecho muy tarde. No puedo negar que me alegré cuando lo leí:

“Cariño, perdona que no te haya contestado antes. He tenido mucho trabajo, pero que sepas que no he dejado de pensar en ti”.

Salí animada del trabajo. Llegué a la cafetería rápidamente. Y allí estaba ella, sentada en una de las mesitas de la terraza, con su café humeante. Cuando la vi, me entraron ganas de llorar. Hacía meses que no nos veíamos y que no hablábamos. Ella también se puso muy contenta y me abrazó fuertemente. Encontré la serenidad y la calma en aquel abrazo. Era mi amiga. Andrea volvía a ser

mi amiga.

Me senté a su lado y comenzamos a hablar. Ella seguía igual de preciosa. La noté un poco más delgada, pero estaba genial. Sus ojos rasgados y sus labios carnosos hacían de ella una mujer atractiva, pero con muy mala suerte a la hora de salir con chicos. En

eso nos parecíamos también muchísimo. Yo tenía unas ganas locas de hablarle de Eros.

Ella sabía que yo tenía que contarle algo importante. No se hizo esperar y me suplicó que empezara a hablar de la persona a la que había conocido.

— Tía, se te nota a la legua que has conocido a alguien.

— No seas tonta. No es nada serio. Pero, ¿cómo que se me nota? —pregunté yo extrañada.

— Porque tienes un brillo especial en los ojos, tu

forma de andar y de reír ... no sé. A ti te ha pasado algo estas últimas semanas y me lo tienes que contar.

— No te equivocas. Me conoces demasiado bien, cabrona –dije yo riéndome.

— Pero, no te hagas de rogar, cuenta, cuenta – su voz sonó a súplica.

— Está bien. He conocido a una persona fantástica. Me hace vibrar, Ainara. Sabes que no me gusta ponerme cursi, pero me hace soñar y me hace feliz – dije yo sonrojándome.

— Tía, Ainara, no me puedo creer que me digas eso. No te pega nada – musitó ella con los ojos vidriosos.

— Sí, estoy muy ilusionada. Todavía no me lo creo. ¿Y no sabes cómo folla?

— Hala, qué bestia. Todavía no te había preguntado por eso, pero me encanta que te

adelantes. Qué envidia me das. ¿Tienes alguna foto para verlo? – preguntó ella entusiasmada.

— Sí, espera. En mi móvil tengo algunas que nos hemos hecho en la playa.

Estaba muy feliz de estar con Andrea, como en los viejos tiempos. Aquel conflicto que habíamos tenido se había olvidado de repente. Ahora volvíamos a ser aquellas amigas que no paraban de cotillear cada vez que tenían la más mínima oportunidad para hacerlo. Yo cogí el móvil de mi bolso y busqué en la galería del menú algunas de las fotos que me había hecho con Eros. Busqué una donde se le veía bien. Yo estaba muy orgullosa de mostrarle a quien era la persona que había cambiado mi vida de repente.

Pude ver enseguida que a Andrea le cambió la cara.

— ¡Te has quedado de piedra! – dije yo feliz.—
Está bueno, ¿verdad?

Andrea seguía mirando al móvil. Estaba como hipnotizada.

— Tía, pero di algo. ¿Qué sucede?

— Nada, nada, es que ...

— ¿Qué? ¿Qué pasa, Andrea? –pregunté yo con el corazón encogido.

— Es que lo conozco –dijo con voz temblorosa.

— ¿Lo conoces? ¿Tú? ¿De qué? – pregunté con cara de pocos amigos.

— Lo conozco. Yo sé algunas cosas de este chico, Ainara.

— Explícate. Explícate de una vez. Me estás poniendo muy nerviosa, joder – mi voz sonó enérgica y firme.

— Este chico fue amigo de mi hermano durante un tiempo. Pero se metió en algo raro y mi hermano

ya no quiso saber nada de él –dijo ella sin dejar de mirar la foto del móvil.

— No me jodas, Andrea. No es una broma, ¿verdad?

— No gastaría una broma con este tipo de cosas, Ainara – dijo ella seria.

— Pero, ¿a qué te refieres con “meterse en algo raro”?

— No sé. Me suena que mi hermano estuvo yendo con él y hubo algún tema de ...—

Andrea se calló de repente como si hubiera metido la pata de repente.

— Habla, por Dios, un tema de... ¿De qué?

— Ainara, no tengo toda la información. Lo que sé es de oídas. Parece ser que el tema es un tema relacionado con drogas – soltó ella de sopetón.

— Pero, ¿qué me dices? Es un chico serio y correcto, y trabaja de guardia de seguridad. No puede estar metido en esa clase de jaleos.

— No me hagas caso, Ainara. Me habré confundido con otra persona – dijo ella intentando poner paños calientes.

Yo estaba más que fastidiada. Las palabras de Andrea me habían afectado. Yo no iba a decirle nada de lo que me había pasado con la policía en la casa de Eros. Pero seguramente lo que me estaba contando mi amiga tenía alguna relación con aquel episodio tan triste y peliculero que yo había vivido al lado de mi chico. Me puse a temblar. Noté el sudor frío recorriendo mi espalda. Estaba hiperventilando.

No sabía cómo reaccionar. Que Eros estuviese metido en un jaleo de ese tipo me horrorizaba. No le pegaba nada. Me callé durante unos segundos. No sabía cómo seguir con aquella conversación. Si Andrea estaba en lo cierto, ya me había dado a

mí la semana. Lo peor es que Eros no me había contado nada de aquello.

Quizá, Andrea tenía razón y lo que había escuchado eran solo rumores. Quizá no había nada de cierto en todo aquello y a esa idea me agarré.

— No me hagas caso, Ainara. Ya te digo. A lo mejor me he confundido con otra persona – dijo ella temblorosa también.

— No lo creo. Eres lista. Siempre has tenido buena memoria para este tipo de cosas, Andrea. Un tío como este no se te borra de la cabeza – dije yo seria.

— Lo siento. No era mi intención preocuparte. Pero sé que mi hermano me contó algo – insistió ella sorbiendo de su café.

— No sé qué decir, ¿sabes?

— Lo entiendo. Pero lo que yo te he contado

sucedió hace bastante tiempo. Si trabaja de guardia de seguridad, significa que el tío es un tío legal, Ainara.

— Quizá tienes razón. A mí no me da la sensación de que sea un tipo peligroso – mentí porque, en mi cabeza, le seguía dando vueltas a la llegada de la policía a su piso.

Bebí de mi refresco y me callé. Para un chico que me gustaba de verdad y que me había hecho volar, resulta que podía ser un tipo peligroso. Un tipo chungo.

No sabía qué pensar. Me gustaba estar con él. Me gustaba su sonrisa y su forma de tratarme. Me gustaba tener sexo con él. Eros me hacía pensar en otras cosas que no fuesen mi mierda de trabajo, mi aburrida vida de mujer joven y soltera que duerme en un loft sin nadie, a la espera de que amanezca para volver a una clínica donde sus jefes la humillan y la ningunean.

La cabeza me iba a estallar.

— Te has quedado muy parada, Ainara —dijo mi amiga un tanto triste.

— No. Me has dejado noqueada. Eso es lo que pasa. No sé qué pensar ahora de este chico — comenté yo mirando a otro lado.

— No quiero que te vuelvas a enfadar conmigo, ¿sabes?

— No voy a enfadarme contigo. Pero estoy súper mosqueada con el asunto — dije yo dolida.

Por mucho que bebiera del refresco, mi boca seguía seca a causa de los nervios. Sentía que mi mundo de ilusión se desmoronaba. Yo me había hecho, a lo largo de estas semanas, mi particular mundo Disney y eso que odiaba a los príncipes y princesas con toda mi alma. Ahora Andrea, con aquellos comentarios, me había puesto entre la espada y la pared. ¿Tenía razones para temer a

Eros? ¿Quién era él, en realidad?

Cambiamos de tema, pero la cosa ya no fue igual. El humor y la alegría del comienzo se habían esfumado.

Pase los siguientes días mal, deseando ver a Eros y preguntarle con disimulo, aunque conociéndome, aquello sería un interrogatorio, el viernes por la mañana quedó en recogerme para cenar, acepté ¿Cómo no?



Capítulo 9

Me arreglé con un traje de tirantes, corto y blanco, me recogí la melena y me pinté los labios de rojo, quería animar mi cara ese viernes, el timbre del telefonillo sonó, le dije que bajaba enseguida y así hice.

— Estás preciosa, Ainara – dijo mientras besaba mi mejilla y acto seguido me monté en el coche.

— Gracias, Eros.

— Por tu cara diría que te pasa algo.

— Ya, ahora hablamos mientras cenamos.

Se quedó en silencio, su rostro se cambió por completo, pero necesitaba hablar con él, algo me decía que me contaría toda la verdad.

Fuimos al mercado de Cádiz, por las noches se ponía muy animado, con diferentes puestos de comidas y todo el mundo allí, tomando copas.

Pedimos dos cervezas y unos variados de tapas.

— ¿Qué te pasa, Ainara? – preguntó preocupado.

— Quiero saber de tu vida – dije firmemente.

— ¿Qué quieres saber?

— De ti, tanto lo bueno como lo malo.

— Pero Ainara, nos conocemos de hace poco, no nos ha dado tiempo a saber todo del uno y el otro.

— Pues hoy es el momento.

— ¿Qué quieres saber exactamente?

— ¿Has tenido problemas con la ley?

Su mirada cambió por completo, su rostro serio se dejó entrever rápidamente.

— Ainara, sí los he tenido...

— Quiero que me lo cuentes todo – dije temblorosa.

— No puedo contarte todo, no puedo – negó con la cabeza.

— ¿¿¿Por qué???

— Ainara, si quieres confiar en mí, hazlo, si no, no puedo obligarte a hacerlo.

— ¡¡¡Quiero que me cuentes!!! ¿Tan difícil es?

— No me importaría, pero no podría hacerlo como quisiera...

— ¡No te entiendo! ¿En qué has estado metido?

— Sigo metido, Ainara – su voz era completamente llena de dolor.

— ¿En qué? ¿Qué hiciste?

— No puedo hablar, Ainara, no puedo hablar – seguía furioso, negando con la cabeza

— No quiero estar al lado de alguien que no es sincero conmigo, Eros, decide: o me cuentas o me voy.

— Te lo contaré, pero no hoy... hoy no puede ser.

— ¿Cuándo? Ahora es el momento, estamos los dos, no hay prisa, tienes toda la noche, todo el fin de semana.

— No puedo, ahora no, Ainara.

— Pues no pienso seguir viendo a alguien que no confía en mí, me niego a vivir en una mentira, me niego a saber con quién estoy compartiendo los momentos de mi vida. ¡No quiero!

— Confía en mí, no hice nada de lo que tengas que avergonzarte.

— Y tú... ¿Por qué no confías en mí?

— Dame unos días, solo unos días y te prometo que te contaré todo, solo unos días, Ainara – dijo desesperado pasándose las manos por la cabeza.

— Vale, tienes hasta el fin de semana que viene, si no lo haces, me voy, Eros, te voy a dar un voto de confianza, aunque no pueda con esta mentira.

— No es ninguna mentira, Ainara.

— Para mí lo es, es algo que me estás ocultando y no sé hasta qué punto puede afectarme.

— No haría nada que te pudiera perjudicar.
¡Maldita sea! Confía en mí de verdad, no por obligación.

— Está bien, lo haré, pero serán días difíciles hasta que me lo cuentes, no sé si lo que me dirás me hará alejarme, no puedo prometerte nada – dije seria, mirando para otro lado.

— Vale, cuando te cuente, tú decides...

Se hizo un silencio, parecían que los cuchillos volaban, el ambiente estaba cortante, me destrozaba la idea de saber que el hombre que había robado mi corazón, ahora estaba metido en asuntos turbios.

No me lo podía creer. ¿Por qué no me lo contaba ya? Era algo que se me escapaba de

la razón, algo que no podía soportar, sobre todo, porque yo era sincera con él y no entendía por qué él no lo era conmigo.

— Ainara— dijo acercándose y besando mi frente.

— Dime.

— Confía en mí.

— Si no lo hiciese, no estaría aquí.

— Te quiero, solo quiero que lo sepas.

En eso momentos nos abrazamos, se me saltaron las lágrimas, yo sentía por él lo mismo, pero me daba pena que todo fuese una mentira, algo en mi interior hacía que estuviese aterrorizada.

Después de tapear y tomar cervezas, nos fuimos a la playa, la noche estaba estupenda y aprovechamos para tomar unas copas en un chiringuito.

— Eros. ¿Puedo preguntarte algo?

Asintió con su cabeza.

— ¿Lo de la policía en tu casa fue un error como dijiste?

— No, fueron a buscar algo que no iban a encontrar, están equivocados...

— ¿Qué buscaban?

— Ainara, dame tiempo, lo hemos hablado antes.

— Solo quiero que me digas si buscaban drogas...

— Drogas, armas, no lo sé...

— ¿Armas?

— No sé qué buscaban exactamente, pero no tengo nada de lo que piensan...

— Voy a pasar unos días muy triste hasta saber la

verdad.

— Déjalo ya, Ainara, por favor.

— Está bien...

Sentía tanta impotencia que mi rostro era el reflejo de mi alma, eso no lo podía evitar.

De repente apareció un chico; al verlo, le abrazó con mucha alegría.

— ¡Eros! ¿Cómo estás, amigo?

— Bien, me alegra verte mucho, Valentino. ¿Qué haces aquí?

— Vine a ver a mis padres, llegué esta tarde, me pensaba pasar por tu casa mañana para darte una sorpresa.

— Ya me lo has dado, por cierto, ella es Ainara.

Me dio dos besos.

— Una copa más – dijo Eros al camarero.

— Gracias, me sentará genial, Cádiz, mi Cádiz, mi playa, mi gente, estaba deseando volver, benditas vacaciones. Te veo genial, tío, por cierto, muy bien – guiñó su ojo y me miró sonriendo.

— ¿Cuánto tiempo te quedas?

— Hasta finales de Agosto, el horario de los profesores en verano... es lo mejor de esta profesión – dijo mientras daba un trago a la copa.

— Qué bueno, me alegro mucho, así tendremos tiempo de quedar y que me pongas al día.

— Claro, de todas formas, si quieres, mañana nos vamos a Los Caños, al chalet de mis padres, está vacío, podéis venir los dos y hacemos una barbacoa y nos quedamos hasta el domingo. ¿Qué os parece? – dijo Valentino de forma convincente.

— Me parece un planazo, barbacoa, piscina, playa... ¿Te animas, Ainara?

— Por mí está bien, una cosa... ¿Se lo podría decir a mi amiga? — pregunté con descaro, pero necesitaba que alguien más estuviera, ellos tendrían mucho que contarse.

— ¡Por supuesto! Invita a quien quieras — respondió Valentino y asintió Eros con la cabeza.

Nos tomamos con él un par de copas, me separé de ellos, me acerqué a la arena para hablar con mi amiga, ella aceptó del tirón, le dije que no dijera nada de que lo conocía, que si él la reconocía, se hiciese la que no sabía nada, le pareció una estupenda idea.

Un rato después nos despedimos de Valentino, quedamos en recoger a mi amiga y luego a él, Eros y yo nos fuimos a un sitio apartado de la playa a pasear bajo las estrellas.

Me puse a caminar por la orilla, haciendo que el mar mojara mis pies descalzos.

Intentaba respirar profundamente. Estaba enfadada y dolida porque no confiara en mí.

Sabía que él me seguía, pero menos mal que lo hacía en silencio. No estaba para aguantar más gilipollices, iba a explotar como una olla a presión.

— Ainara...

1. — Déjame en paz— gruñí, pensando en agacharme y tirarle un puñado de arena a la cara, por idiota.

— Vamos, deja el mal humor. Ven aquí— me agarró del brazo para pararme, pero yo jalé con fuerza.

— Que me dejes.

— Ainara, por favor.

— Que no, coño. Cuéntame las cosas, dime qué está pasando— tiré los zapatos que llevaba en la

mano a la arena y me di la vuelta para encararlo.

— ¿Quieres saber qué está pasando?

— ¡Sí!— chillé a pleno pulmón.

Se acercó a mí lentamente y fruncí el ceño, desconfiada.

— Te deseo— dijo con voz melosa.

— Ah, no, Eros, vete a la mierda.

— Esa es la verdad. Me pone verte así. Y te deseo aquí, ahora, en este momento.

— Pues vas a follar con la sirenita si la ves, a mí me dejas en paz.

— Mmmm... ¿Sabes que estás preciosa cuando te enfadas?

— ¿Y tú sabes que eres un tremendo gilipolla?

Claro que más gilipollas era yo, que aún enfadada, había nombrado el sexo y ya mi mente calenturienta había visualizado revolcándonos en la arena.

Puso una mano alrededor de mi cintura y me pegó a él.

— ¿Podemos dejar la discusión para más tarde?— preguntó antes de besarme el cuello.

— No— gemí.

— Ya veo...— dijo con una sonrisa en la voz.

Me lamió desde el cuello hasta el borde del pecho y ya me temblaban las rodillas.

— Eres un idiota— dije, más enfadada conmigo misma que con él.

— Lo sé— rio.

Me miró dos segundos a los ojos antes de atacar

mi boca sin piedad. Su lengua lamiendo cada rincón de mi boca, ambos gimiendo, desesperados. Era nuestra manera de dejar atrás lo malo, como una reconciliación. Y no me gustaba nada, pero ni de coña iba a decirle que no.

Me agarré a su cuello y mordí sus labios. Iba a soltar toda mi frustración con el sexo.

De un salto, me subí en él, con mis piernas enrolladas en su cintura, él agarró mi culo para aguantar mi peso.

Se dejó caer sobre sus rodillas en la arena y me tumbó, quedando encima, nuestras

bocas aún pegadas, las respiraciones demasiado alteradas.

Dejó mis pechos libres y pellizcó mis pezones, haciéndome gemir con fuerza, desesperada ya por sentirlo dentro de mí. Necesitaba ese orgasmo como el respirar, ya discutiría de nuevo después.

Como pude, dejé su miembro libre y lo cogí entre mis manos, apretando un poco hasta que su gemido me dijo que era suficiente.

— Eros, ahora...

— Joder, Ainara, no tienes paciencia— refunfuñó. Pero se escuchaba tan desesperado como yo.

Desplazando mis bragas a un lado, entró en mí con fuerza. Apreté los labios para no chillar, pero por fin lo tenía donde quería. Se quedó quieto, sin moverse.

— Eros...

— Dame un segundo.

Puse los ojos en blanco, yo solo necesitaba un segundo más, así que no iba a darle nada. Moví mis caderas y lo escuché como sollozar. Con dos movimientos más, llegué a mi orgasmo, mi cuerpo flácido mientras él terminaba y llegaba al suyo.

Su cuerpo cayó como un peso muerto sobre mí, besó mi cuello y suspiró.

— Voy a tener que enfadarte más a menudo— dijo con la respiración entrecortada.

Me quedé con la boca abierta, sería cínico... Pero no pude evitarlo, una carcajada salió de mi garganta. Estaba más que enamorada de él.



Capítulo 10

Me levanté y preparé todo, estaba muy rallada con el tema de Eros, lo que me dijo mi amiga, seguido a lo que se suponía que me contaría él, me tenía de los nervios.

Bajé hacia abajo y saludé, intentando quitar esa mala cara que tenía, todo me sobrepasaba,

rápídamente fuimos a por mi amiga, cuando nos bajamos a saludarla, Eros la reconoció rápidamente.

— No me digas que eres tú, Andrea, la amiga de Ainara, qué sorpresa. ¿Cómo está tu hermano Nico? — preguntó feliz al verla.

— Sí, tu cara me suena — dijo mi amiga sonriendo con ironía, como si no tuviera claro de quién se trataba.

— Sí, era amigo en la adolescencia de tu hermano, ya hace varios años que no nos vemos.

— Sí, me suena, pues él bien, trabajando fuera, pero bien.

— Se fueron todos— respondió Eros refiriéndose a todos sus amigos.

Recogimos a Valentino, ella y él se saludaron riendo, también se conocían de lo mismo, de cuando eran una pandilla y claro, al ser la hermana

de uno de ellos, pues era normal.

— Estás muy guapa, ya no eres esa niña que recordaba— dijo Valentino en un intento de cortejo que se notaba a leguas.

— Gracias, tú tampoco estás nada mal – Andrea soltó una carcajada nerviosa.

Llegamos a Los Caños de Meca, a ese precioso chalet que poseían los padres de Valentino, Andrea empezó a aplaudir y a saltar de la emoción al ver la barra, la piscina, la barbacoa y todo ese exterior al que no le faltaba ni un solo detalle.

Nos dejaron solas y se fueron a comprar a un súper, nos abrimos una cerveza y nos fuimos al borde de la piscina.

— Tía, qué bueno está Valentino, ese tiene que ser mío.

— Andrea. ¿En serio te gusta?

— ¡Pues claro! Por cierto, me informé de lo que te conté, llamé a mi hermano, me dijo que sí que estuvo en un marrón, pero cree que salió bien, que nunca supo más nada de él, pero que es un gran chico.

— Dice que tiene que contarme algo, que lo hará en estos días.

— Pues lo mismo te lo cuenta todo, dale la oportunidad de explicarte y defenderse.

— Lo sé, pero me da miedo descubrir que no es esa persona que pensaba y que haya podido hacer algo que me cueste asimilar y tirar para adelante.

— No seas tonta, déjale que te explique, de todas formas, todo el mundo comete errores, si él lo cometió y ha cambiado, tiene derecho a hacerlo, es pasado, tú eres su presente, su vida es el presente.

— No sé, hasta que no sepa de qué se trata, no estaré tranquila.

— Bueno, primer plan, disfrutar de este fin de semana, el comienzo del verano y ya estamos en un lugar espectacular. Venga, nena, no seas tonta, olvida todo e intenta esperar a que te lo cuente.

— Lo intentaré – dije dándole un abrazo y chocando las cervezas.

Un rato después, llegaron, empezaron a bajar bolsas y les pregunté que para qué tantas cosas, que solo eran dos días.

— Dos días a tope – dijo Valentino.

Encendieron la barbacoa y prepararon en una bandeja un montón de tipo de carnes, nosotras estábamos flipando, ni que fuéramos un regimiento.

Las cervezas nos estaban sentando de lujo y mi amiga estaba que se salía del pellejo de graciosa, en ese momento comenzó a sonar la canción de Shakira “La bicicleta” y ella, a espalda de

Valentino, le cantaba, haciéndose la graciosa, lo de llévame en tu bicicleta. Eros la veía y se echaba a reír, pero cuando Valentino se volvía, ella disimulaba cantando, mirando al suelo, yo no paraba de reír.

La carne estaba deliciosa, qué bien sabía en ese entorno, estaba cómoda, descojonada con Andrea, que cómo no, no tardó en soltar una de las suyas.

— Ainara, si quieres, puedes vengarte de nuestro último enfado, irte y dejarme aquí con estos — soltó una carcajada.

— Vete a la porra — negué con la cabeza, sonriendo.

— No me importaría...— respondió descaradamente.

— De aquí no se va nadie. ¡Puertas cerradas! — gritó Valentino.

— Yo, desde luego, no me muevo, así vengan los

antidisturbios – dijo mi desatada amiga.

Un rato después, estaban Valentino y Andrea sentados coquetamente en el balancín, yo me quedé con Eros en el borde de la piscina tomando un Gin tonic.

— Te sienta genial ese bikini – dijo apoyando su mano en mi muslo.

— A ti también el bañador...

— No te me pongas tonta – dijo mientras me abrazaba y besaba mi cabeza.

— Estoy bien, no te preocupes – solté una sonrisa.

— Eso quiero, que siempre estés bien...— hubo unos segundos de silencio – Por cierto, esta noche podríamos ir a tomar algo a los bares de las Dunas.

— ¡Claro! Beber un poco más – solté una carcajada mirando a las copas.

— El fin de semana es nuestro – me guiñó el ojo.

La tarde la pasamos tomando el sol y en la piscina, tomando mil copas, al final nos fuimos todos a un precioso bar, con un jardín impresionante lleno de mesitas de madera, frente a la playa, con una música y un ambiente muy hippy, un lugar especial, con un gran encanto.

Nos emborrachamos, eso no se puede llamar de otra manera, Valentino y mi amiga estaban super acaramelados, vamos, que se daban cada lengüetazo impresionante.

¡Quién me lo iba a decir!

Esa noche fue especial, caímos en redondo en la cama, terminamos dejándonos llevar, como siempre, a su lado era feliz, me sentía bien, con miedos, pero era inmensamente feliz. Me encantaba perderme en su cuerpo, me daba seguridad, placer, me hacía sentir más viva que nunca.

El domingo nos levantamos con una resaca del doce, nos pusimos en el jardín a desayunar, las tostadas volaban, estábamos hambrientos, parecía que se acababa el mundo.

El día lo pasamos de relax, en la piscina y tomando refresco, no había valiente que se atreviese ni con una cerveza, mi amiga me sorprendió diciendo que se quedaba unos días con Valentino, aunque regresarían a Cádiz a por ropa y a por el coche de él.

Me volví a despedir de Eros, no lo volvería a ver hasta el siguiente fin de semana, en el que me prometió, con el último beso, que me lo contaría todo.



Capítulo 11

Lunes por la mañana, pena penita pena, eso era lo

que sentía, saber que hasta el viernes no lo vería, me mataba, puñetero horario laboral de él, vaya mierda de turno el que tenía, aunque, por otro lado, siempre gozaba del fin de semana completo libre, pero yo lo echaba de menos, aunque por otro lado estaba deseando saber todo, quitarme esa espina que me estaba matando.

— Bueno días – dijo la bruja de Cinthia al entrar, Pau estaba en recepción también, así que él respondió, yo ni la miré.

— Podrías contestar, al menos por educación – me dijo Pau cuando ella se fue.

— Más que por educación, lo hago por respeto hacia mí, me trató como una cualquiera.

Si no me respeto yo no lo hará nadie, así que prefiero respetarme a demostrar falsamente algo. La educación va más allá de saludar a quien te trató como un perro. Lo siento, Pau, pero no, no me gusta fingir.

— O.K. – dijo mientras se iba a su consulta.

Salí a desayunar y a traer sus cafés, Luis estaba en la barra cantando la canción de

“Que no daría yo” de Rocío Jurado, negué con la cabeza.

— Estás como una cabra.

— Hombre, mi niña favorita, ya te echaba de menos.

— Sí, ya ...

— ¿No me crees?

— Va a ser que no.

— Pues eso es que no sabes que mis sentimientos son muy fuertes hacia ti, pensé que se palpaba – me sacó la lengua.

— Va, dame el café, necesito cafeína en venas

urgentemente para no matar a nadie.

— ¿A quién ibas a matar? – respondió Cinthia a mis espaldas, la muy cerda había venido al bar, rara vez lo hacía.

— A más de una – sonreí irónicamente.

— Si no te matan a ti antes...

— A esta nadie tiene cojones de matarla porque me encargo yo de cortar a esa persona a trocitos – dijo Luis en mi defensa en plan chulillo y protector.

— Vaya, tienes un protector...

— Tengo más de uno, pero vamos, que solita también sé defenderme, que no me achanto ante cualquiera – mi sonrisa irónica no se me quitaba del rostro.

Me bebí el café de un sorbo y me llevé la tostada en la mano, no me salía del alma quedarme al lado

de aquella cerda.

— Bueno, Luis, luego paso a saludarte tranquila – dije guiñándole el ojo.

— Claro, preciosa mía – me devolvió el guiño.

Me fui de allí volando, pasaba de tener a esa tía tan cerca, me daba nauseas, me subía la tensión, tenía ganas de jalarla por los pelos por toda la avenida.

Y, aun así, yo solo hacía comerme la cabeza. Madre mía, no sé lo que me tendría que contar Eros. Estaba temerosa, pero, por otro lado, confiaba en que no fuese nada grave.

Mi encuentro con él me decía que era un hombre bueno, amable, correcto y sincero.

Luego tenía ese punto salvaje que tanto me gustaba, pero no vi nunca en él a alguien

que pudiera hacerme daño o pudiera irme. Yo ya

sabía que no éramos unos niños punto él había tenido otras relaciones al igual que yo, pero me olía que lo que tenía que contarme seguramente no tenía nada que ver con relaciones amorosas o con amores del pasado.

Yo sentía algo especial por aquel chico... Quería ser realista y sincera con Eros... y conmigo misma. Pero eso no significaba que yo no me preocupara por lo que estaba sucediendo entre nosotros. Había secretos. Él tenía algo que ocultar y ahora había decidido confesarme lo. El hecho de que yo hubiera estado con una persona que escondía algo de su pasado me ponía cada vez más nerviosa. Aquello no tenía nada de atrayente ni de morboso, sino todo lo contrario.

¿Qué quería confesarme Eros? ¿Qué había detrás de aquel hombre al que me había entregado con tanta pasión? En mi cabeza no paraban de surgir todas estas preguntas que me hacían sentir débil, más frágil que nunca, muy insegura. ¿Dónde estaba la Ainara atrevida y lanzada que se ponía el mundo

por montera? ¿Dónde estaba esa Ainara que se reía de todo el mundo y de sí misma y que podía armar un escándalo en cualquier sitio?

Eros estaba cambiándome de alguna forma y también me estaba forzando a madurar la mierda de trabajo que tenía.

Las cosas seguían igual en la clínica. Los días no pasaba, al contrario, me resultaba cada vez más insoportables. Con mi jefa las cosas seguían igual punto nos mirábamos con frialdad y deseando volvernos a atacar. Parecíamos dos leonas encerradas en la misma jaula.

Sabía que en cualquier momento me despediría. Pero, después de aquel encontronazo con el móvil y en la cafetería, la tía parecía disfrutar teniéndome allí, haciéndome la vida imposible, cargándome de trabajo, mandándome a la calle a hacer recados que nada tenían que ver con mi trabajo. Me mandaba a la tintorería a recogerle sus vestidos o a la perfumería a por unos tintes y unas

cremas que costaban un ojo de la cara.

Aquella tía estaba aprovechándose de mí. Pensaba que yo era su chacha.

Sí, como os digo, la bruja estaba disfrutando. Porque aquello me sentaba como una patada en el estómago. Ya tenía bastante con atender a los pacientes, apuntar las citas, coger el teléfono y ordenar los expedientes que me entregaba el calvo. Pues no, ahora tenía que salir todos los días a satisfacer las necesidades personales de mi jefa, la torturadora. Cinthia y yo intentábamos mantener la distancia y nuestras conversaciones se basaban en monosílabos. Pero yo podía sentir su odio hacia mí. No voy a engañaros, pues el sentimiento era mutuo. Tenía que darle una vuelta a todo aquello. Mi vida no podía seguir sometida a aquella tensión. Me estaba hundiendo cada vez más. Si seguía

trabajando allí, iba a caer en una maldita depresión. Recuerdo que fueron unos días muy

complicados porque, junto al estrés que me producía trabajar en esas circunstancias, no dejaba de pensar en Eros y en lo que tenía que contarme.

Menos mal que allí estaba mi barman para calmarme, para hacerme reír y para obligarme a que me evadiera de aquella tristeza que me envolvía. No le conté nada sobre mi mayor preocupación porque Luis era una persona fantástica, con la que podías reírte, pero como consejero era un peligro.

Madre de Dios, cómo me había complicado la vida yo sola. Hubo un día que salí del trabajo y me dediqué a quemar la tarjeta de crédito. Necesitaba gastar y gastar. Era la única forma que encontré de desahogarme. O gastaba o tenía que acudir al psiquiatra.

Aunque no disponía de mucho dinero, sí que me llegaba para gastarme algunos ahorros en toda clase de ropitas. Fui al centro comercial que estaba más cerca de casa y empecé a explorar

todas las tiendas, todas las boutiques y todas las perfumerías. Me hice con todo lo que pude.

No miraba ni las tallas, ni el precio. Solo pensaba en gastar dinero. Me ponía las prendas por encima de la ropa que llevaba y me miraba delante del espejo. Me veía guapa y entonces lo compraba. Las dependientas me miraban con cara extraña. Acudían a preguntarme, pero yo les pedía amablemente que no me estorbaran. Yo no era ninguna Pretty woman a la que hacer la pelota. Era un triste mileurista que buscaba olvidarse de sus problemas comprando vestidos y bolsos. Estaba desatada.

No me reconocía en ese tipo de conducta. Pero era lo que había. Y, si he de ser sincera, noté un alivio cuando llegué a casa y vi todo aquel montón de ropa sobre la cama.

Tenía que repetirlo, aunque dejara la cuenta del banco en números rojos.

Había renovado mi fondo de armario que se parecía más al de una anciana que al de una mujer joven y moderna como era yo. Perdonad si me pongo un poco tonta, pero es que también tenía derecho a darme un homenaje. No me había gastado nada en meses.

Me dedicaba de ir del trabajo a casa y poco más, la playa y algunos pubs de mala muerte.

La semana se me pasó super lenta, cada día recibía varios mensajes de Eros diciendo que me quería o que me echaba de menos, pero yo quería verlo, estar sin él se me hacía cuesta arriba.



Capítulo 12

Por fin viernes, Eros me esperaba en la puerta del trabajo, nos íbamos a ir a comer a San Fernando, a

un bar frente al mar, uno muy típico en pescado frito, llamado “El Bartolo”.

Eros estaba guapísimo, con sus bermudas rojas y su camiseta O’neill blanca, las gafas de sol le quedaban de muerte.

No pedimos un surtido de pescado, una jarra de sangría y nos miramos sabiendo que había llegado el momento que yo esperaba.

— Ainara, te lo voy a contar todo.

— Vale – dije con voz temblorosa, en el fondo me daba miedo encontrarme con la realidad.

— Todo sucedió hace 5 años justamente, yo había acabado de perder a mi padre, dos años antes a mi madre, me fui con unos amigos a Marruecos, me invitaron a hacer un circuito por aquel país.

— Ajam – escuchaba atenta.

— A mí y a dos más, nos prepararon una trampa,

la furgoneta en la que íbamos desde aquí y que pasamos en barco, volvió forrada de hachís.

— ¿En serio? – pregunté alucinando.

— Te lo juro por mi vida, yo no sabía nada. Yo tenía un buen empleo, mis padres me dejaron 3 propiedades, además de una buena cuenta bancaria con lo que ganaron de la venta de una de las casas de Galicia. No necesitaba meterme en problemas, jamás me había metido en mi vida – dijo con voz triste.

— ¿Y qué pasó? – pregunté alucinando.

— Al llegar a Tarifa, nos pararon para un control de aduanas, cuando la policía empezó a sacar fardos, me asusté. Gritaba, no sabía nada, pedía explicaciones y me di cuenta que fue cosa del dueño del furgón, los demás no sabíamos nada.

— ¿Lo pudiste demostrar?

— No...

— ¿¿¿No???

— No...

— ¿Pero qué pasó entonces?

— Todos fuimos condenados, a mí me cayeron 7 años.

— ¿Te metieron en la cárcel?

— Sí...

— ¿Cuándo saliste? – pregunté alucinando.

— Los otros días cuando te vi, pero estoy en tercer grado por lo menos un año más, voy a dormir a prisión de lunes a jueves por la noche...

— No eres seguridad...— dije soltando unas lágrimas.

— Soy ingeniero, había acabado de conseguir mi puesto fijo en Bazán, lo perdí, indudablemente.

Dicen que quizás pueda recuperarlo, pero no lo creo. Gracias a Dios que mis padres me dejaron bien, por eso podré salir adelante, aunque gasté mucho en abogados y detectives. Estamos luchando por demostrar la verdad, aunque no recupere estos años perdidos, al menos, podré limpiar mi nombre.

— Estoy alucinando, Eros, estoy en shock.

— Solo te pido que confíes en mí, no soy ningún traficante ni nada por el estilo.

— ¿Por qué fueron los otros días a tu casa de nuevo?

— No lo sé, mi abogado está pidiendo una explicación. Estoy agobiado Ainara, muy agobiado. He pagado por algo a lo que soy ajeno, estamos buscando pruebas como locos. Aún me queda un año por delante, durmiendo en aquella maldita cárcel, pagando por algo que no hice, sin poder hacer una vida normal...

—
No sé qué decir...

— ¿Me crees?

— ¿Tú que crees? – dije sin dejar de llorar, se me habían quitado las ganas de comer.

— Vente a vivir conmigo...

— ¿Cómo?

— Te quiero a mi lado, Ainara, así te ahorras el alquiler – dijo guiñándome el ojo y secándome las lágrimas.

En ese momento sonó un mensaje a mi móvil, era de Andrea, me quedé muerta al leerlo.

“Estés donde estés y con quien estés, vente urgente a mi casa, no escuches a Eros,

sé toda la verdad, no te fíes de él, te está

preparando una trampa”.



Continuará....